



Corso di Laurea Magistrale in  
Lingue e Letterature europee,  
americane e postcoloniali

Ordinamento ex D. M. 270/2004

Università  
Ca' Foscari  
Venezia

Tesi di laurea

# Una revolución bajo el nombre *Natalia*

Estudio sobre la evolución política y social de las mujeres españolas  
durante el franquismo en la obra de Mercè Rodoreda y Montserrat Roig

**Relatore**

Ch. Prof. Bou Maqueda Enric

**Correlatore**

Ch. Prof. Rigobon Patrizio

**Laureanda**

D'Este Ilaria

Matricola 838474

**Anno Accademico**

2016/2017

*“Una mujer es como una bolsita de té,  
no se puede saber lo fuerte que es  
hasta que la pones en agua caliente.”*

Eleanor Roosevelt

A mia madre

# Índice

<b>Introducción.....</b>	<b>2</b>
<b>Capítulo 1: España y franquismo, cuadro histórico y cultural.....</b>	<b>8</b>
1.1 España de los años '40-'50.....	8
1.2 España de los años '60-'70.....	14
<b>Capítulo 2: Dos escritoras, una protagonista.....</b>	<b>28</b>
2.1 Mercè Rodoreda, vida y obras.....	28
2.2 Primero, viva; luego, escriba: <i>La plaça del Diamant</i> .....	32
2.3 Montserrat Roig, vida y obras.....	38
2.4 Dejar de existir para lo uno, siendo lo otro: <i>El temps de les Cireres</i> .....	42
<b>Capítulo 3: Una revolución bajo el nombre <i>Natalia</i>.....</b>	<b>54</b>
3.1 Sección Femenina y la formación de mujeres.....	54
3.2 El noviazgo.....	57
3.3 Matrimonio y maternidad.....	63
3.4 Tiempos difíciles para una madre soltera.....	71
3.5 Matar a la Colometa.....	79
3.6 Romper el silencio en un contraste generacional.....	89
3.7 Cuerpo sometido, cuerpo rebelde.....	102
3.8 La vuelta del cambio.....	112
<b>Conclusión.....</b>	<b>123</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>133</b>
<b>Sitografía.....</b>	<b>138</b>
<b>Agradecimientos.....</b>	<b>140</b>

## **Introducción**

El siglo XX en España se caracteriza por ser una época inestable y sometida a rápidos cambios. Es un período en que la mayor parte de la población no tiene acceso a la cultura dedicándose básicamente a la agricultura, a la industria y al trabajo doméstico; en cambio, quien podía conseguir una educación, debía enfrentarse con las fuertes restricciones impuestas por el régimen en todas las instituciones. Además, la sociedad franquista no se basaba en la igualdad entre las personas, mucho menos en la igualdad de género; a pesar de que muchas mujeres eran empleadas en trabajos masculinos, siempre sufrían los históricos perjuicios de ser consideradas el eslabón débil de la comunidad, relegadas al ámbito doméstico y limitados sus derechos civiles, políticos y sociales.

Efectivamente, en la España de las dos primeras décadas de la dictadura franquista (1940-1950), con la creación del Nuevo Estado en 1939, con su autoritarismo el franquismo no toleraba la posibilidad que existieran otredades, y es justo dentro a estos *otros* donde se ponen las mujeres. Que fueran de un bando u otro, iban a sufrir de forma más directa y cruel los reglamentos del proyecto nacional católico, el cual a través decretos, leyes y una política de terror, negaba una existencia sexuada de la mujer, suprimiendo lo femenino y reforzando lo masculino. ¿En qué

manera? Ante todo, apartando a la mujer de todos los ámbitos sociales y políticos; después, y fue la cumbre de la brutalidad, llegando a negar incluso su ser más íntimo: la propia maternidad. Es decir, durante la dictadura, las mujeres venían consideradas un instrumento del régimen para dar vida a héroes y “como vehículo que transmite y conserva la raza y sostiene la patria” (Dupláa, 1996, pág. 86). De ahí la importancia que se otorgara unas ayudas para los matrimonios, entendidos como una unión entre un cabeza de familia y una mujer, porque las madres solteras no eran concebidas como *madres*, o sea una *familia*, debido a la falta de un hombre que legitimase esa maternidad. De ahí la importancia también de que en las escuelas se dividiera las clase para chicos, con asignaturas normales, y clases para chicas, donde se enseñaban reglas de conducta de la casa y explicaciones de tareas domésticas; por lo tanto, a nadie importaba si una mujer no sabía hacer cálculos, pero si, tenía que asistir a clase de puericultura porque al sistema político interesaba solamente que se preparasen a cumplir su rol y parir hijos sanos para el estado. Por supuesto, no toda la sociedad femenina fue excluida, el autoritarismo nacionalista aceptaba mujeres, pero solamente “las mujeres aclamadas por el patriarcado (porque) no son *las otras*, sino que se presentan como emblemas y mártires de lo masculino” (Dupláa, 1996, pág. 85); se está

hablando pues de las que hicieron parte de la Sección Femenina, organización política fundada por Pilar Primo de Rivera y formada por servidoras del orden establecido dado que, por falta de inteligencia varonil, «nosotras no podemos hacer nada más que interpretar mejor o peor lo que los hombres han hecho.» (Pilar Primo de Rivera en Martín Gaité, 1996, pág. 68).

El estado de segregación femenina empezó a cambiar cuando, en la segunda década del franquismo, el desarrollo económico, basado principalmente en la industria turística, permitió el descubrimiento de usos y hábitos sociales lejos de los que solían respetar las españolas que, viendo las nuevas influencias europeas, iniciaron a cuestionar los discursos ideológico del régimen. Entra, así, “en crisis el modelo de mujer legitimado desde el poder, un modelo que concentra sus esfuerzos en crear esposas y madres, y no a educar ciudadanas” (Dupláa, 1996, pág. 86). En estos años 60 y 70, fue gracias a este crecimiento en la economía, al proceso de industrialización y a movimientos sociales -los cuales aún más estaban tomando el control de los espacios públicos visibles- que empujaron un cambio radical en el pensamiento de la condición femenina con el nacimiento de movimientos feministas cuya lucha para conseguir la igualdad de los derechos permitió tomar conciencia de una voluntad activa

de control sobre el propio cuerpo dejando muy claro cómo la reproducción fuese una opción totalmente voluntaria:

“El movimiento feminista tiene muy clara la idea de que junto a la defensa de un trabajo asalariado, de una socialización del trabajo doméstico, de una educación y legislación no discriminatorias, está el derecho a la libre disposición del propio cuerpo. Este último aspecto es el que va a cuestionar el discurso patriarcal en el seno de la familia, así como el tabú de la virginidad, el mito de la maternidad y la dependencia femenina a todos los niveles, con respecto a la autoridad masculina.”  
(Dupláa, 1996, pág. 88)

Por lo tanto, pese a las dificultades, algunas mujeres empiezan a escribir encontrando en la lectura y en la escritura la manera de dar voz a sus silencios y expresar las inquietudes de la época, de ahí que las narraciones cuenten vivencias personales y historias contadas en primeras personas utilizando un realismo cargado de conciencia social y de denuncia.

Este trabajo se propone estudiar las condiciones políticas y sociales de las mujeres bajo la dictadura franquista a partir de las obras literarias de las dos autoras catalanas más representativas y controvertidas del ámbito cultural español: *La plaça del Diamant* de Mercè Rodoreda y *El temps de les cireres* de Montserrat Roig. Documentándome, descubrí que, aunque en épocas distintas, ambas experimentaron en su propia piel las represiones y las inquietudes de la dictadura: Rodoreda que, por ser una escritora catalana en un España en los albores de una guerra civil, tuvo que vivir un

exilio, el abandono del hijo y las dificultades de sobrevivir lejos de su país por casi toda su vida; y, por otro lado, Roig que, haciendo parte de la segunda generación, pudo ser testigo de una sociedad cansada de una ideología limitante y que estaba tomando cada vez más conciencia de la importancia de su propia libertad. Ambas estaban unidas por el hecho de transformar en literatura sus vivencias de mujeres y se estimaban mucho tanto que Rodoreda influyó en gran medida los trabajos de Roig.

Mi interés por el estudio de las represiones contra el esfera femenina, nació desde hace unos años gracias a un trabajo de traducción y profundización de algunos cuentos sobre las mujeres española de *Viatges i flors*, última obra de la misma Rodoreda. Me pareció interesante, entonces, esta vez elegir como hilo conductor de mi tesis el personaje de *Natalia*, protagonista de las dos novelas, para recorrer a través el análisis de las obras los hitos más importantes de la lucha feminista y los cambios en la condición de la mujer desde los años 40 hasta los años 70. Así que en el capítulo primero, se describirá el contexto histórico y cultural de las dos autoras; en el segundo se presentará a las dos escritoras con las respectivas obras señalando el porqué son relevantes para la lucha feminista y cuáles son las novedades que aportan en la época; por último, desde el análisis de las dos *Natalia*, se verá como las dos protagonistas, en los esfuerzos para



emanciparse y en los intentos para encontrar su propio lugar en la sociedad, reflejan los cambios históricos y la lucha política y social de las mujeres en las dos etapas de la España franquista.

# Capítulo 1: España y franquismo, cuadro histórico y cultural

## 1.1 España de los años '40-'50

El fin de la Guerra Civil en España conllevó a una etapa del Franquismo caracterizada no solamente por una fuerte represión contra el bando revolucionario, que sólo entre 1939 y el 1943 contó con más de 50.000<sup>1</sup> españoles fusilados, sino también por un nuevo sistema político y social muy conservador, porque a partir del 1940 se favoreció un modelo económico anti liberal donde el Estado era el eje central de todos los sectores. Entonces, primero, hubo que ordenar la fuerza de trabajo cuyos sindicatos debían ser dirigidos directamente por la FET (Falange Española Tradicionalista) garantizando, de esta manera, un control inmediato por el Estado y transformándolos en unos de sus meros instrumentos políticos. Además, el sector agrario e industrial sufrieron una fuerte depresión debido al marcado intervencionismo y a una política de autosuficiencia. En el primer caso, los productores vendían toda su cosecha a un precio fijo al Estado, que a su vez, la comercializaba a compradores a un precio tasado. El hecho de que el estado fuera el único adquirente que compraba a un precio inferior del valor mínimo, causó una caída de la producción y una

---

<sup>1</sup> Mir Curcó, 1999, pág. 132

reducción en la mano de obra con la creación de un mercado negro para que los agricultores pudieran comercializar sus mercancías fuera del mercado oficial con ingresos mayores y sobrevivir. En el segundo caso, por la convicción de que el crecimiento económico dependía estrictamente de la industrialización, en el 1941 se creó el INI (Instituto Nacional de Industria) cuya prioridad era potenciar los productos que sustentaban la economía del país (como el carbón, el hierro y la energía eléctrica) y en la industria de guerra. Pero, también la política industrial fue fuertemente intervencionista eliminando una posible competitividad entre empresas creando monopolios y fijando precios de producción injustos que llevaron a una grave inflación y a la falta de desarrollo productivo. En fin, en el ámbito público, de la misma manera que el Estado procuraba reglamentar la economía, también intervino en la educación y en la cultura.

La educación interesaba al Gobierno solo como medio de transmisión de la ideología franquista, por lo tanto, tenía que basarse en el catolicismo y en el patriotismo. Por eso, primero se reprimió el desarrollo de las culturas territoriales y se censuró el uso de las diferentes lenguas del Estado, después se limpió el sistema educativo de todos los intelectuales de izquierda y liberales y se renovó la estructura interna de manera más autoritaria rechazando todas las mejoras a nivel educativo que se había

logrado durante la Segunda República. Por otro lado, la situación cultural de la posguerra se caracteriza por un control oficial muy fuerte que afectó el pensamiento artístico porque, tanto numerosas obras literarias como también la prensa, que estaba controlada por el Movimiento, fueron atacadas por la censura. Se empobreció, entonces, el panorama cultural porque, además de la pérdida de intelectuales importantes (García Lorca) que murieron durante la Guerra Civil, muchos tuvieron que exiliarse (Juan Ramón Jiménez, Ramón J. Sender o Francisco Ayala y muchos más).

Sin embargo, a pesar de la fuerte prohibición literaria, en la década del 1940 surgieron nuevos novelistas que rompieron con el realismo crítico de los años anteriores y se encaminaron hacia un nuevo realismo llamado *tremendismo* o retomaron formas tradicionales como las novelas existenciales encabezadas por la novela *Nada* de Carmen Laforet del 1945. Colocada en las novelas de este período que temáticamente giran en torno a la amargura de las vidas cotidianas, *Nada* sorprende a los lectores presentando protagonistas marginados socialmente y describiendo perfectamente la España de los años 40 marcada por la pobreza, la incultura, la falta de libertad y la violencia; es una de las primeras obras que da voz a las mujeres en un mundo basado en la familia patriarcal y estrictamente controlado por el régimen. Carmen Laforet sin lugar a dudas

con su novela dio forma a una entera generación de escritoras que lucharon por hacerse un hueco con su actividad literaria en un espacio reservado en su mayor parte a los hombres.

La segunda década del primer franquismo, permitió salir del aislamiento y de la autarquía que estaban llevando España hacia un camino de autodestrucción. Esta superación fue posible gracias al apoyo del régimen a Estados Unidos durante la Guerra Fría poniendo a disposición algunas bases militares españolas a cambio de ayuda militar (armamentos modernos) y económica. El reconocimiento de España por las otras potencias democráticas durante el conflicto entre EEUU y URSS, determinó su entrada en la ONU (Organización de las Naciones Unidas) en el 1955. Este acontecimiento fue un aspecto importante porque, con la ayuda técnica y económica de Estados Unidos y de los organismos internacionales competentes, para acabar con la autarquía y liberalizar la economía española, se proyectó un Plan de Estabilización (1959) con el cual fue viable el inicio de una posible apertura hacia los mercados extranjeros, el fin del racionamiento ante la mejora del aprovisionamiento de los productos básicos y el aumento del nivel de vida del pueblo español.

Sin embargo, en el 1953 el Estado firmó un pacto con la Santa Sede llamado *Concordato de la Santa Sede* con el que se dejaba en las manos de

la iglesia el control total de la enseñanza y de la censura de material bibliográfico, musicales y cinematográfico. El catolicismo del régimen llevó a cabo una persecución de todo lo que pudiera ser inmoral ya que consideraba que el contenido de muchas obras podía ser muy dañoso para gente poco preparada. Aunque en España seguía siendo prohibida cualquier tipo de libertad de expresión, en los años 50 se asistió a un profundo intento renovador favorecido por las circunstancias históricas de incorporación del país en el contexto internacional, de ahí que surgiera un nuevo grupo de narradores. Característica de esta nueva generación del *realismo social* es una tendencia neorrealista de las novelas, porque su fin no es solamente lo de ofrecer un testimonio crítico y una denuncia social, sino que utilizar también la literatura como impulso político en manera más directa que la literatura de la década anterior. Si bien los temas son parecidos (la soledad social, el recuerdo de la guerra, la pobreza), todas estas narraciones, superan a las existencialistas en la innovación técnica empleando el objetivismo, o sea, limitándose a registrar la mera conducta de los personajes sin intervención del autor. Obras que reflejan este nuevo realismo son la de Rafael Sánchez Ferlosio con *El Jarama* y la novela de la autora Carmen Martín Gaité *Entre visillos* donde muestra la opresión de las mujeres bajo las estrictas convenciones sociales de su época, pero que

también, a través de la protagonista, representa la esperanza en generaciones de mujeres que ya puedan romper con los roles asignados por las creencias sociales y luchar para la libertad de elegirlos.

Es precisamente en este contexto del primer franquismo en que se desarrolla la vida difícil y una actividad literaria intensa de una de las autoras más influyentes del panorama cultural español, Mercè Rodoreda. Si en castellano, la renovación literaria de los años 60 empieza en el 1962 con *Tiempo de Silencio* de Luis Martín Santos, a marcar una renovación importante en el contexto catalán será justo la novela de la autora *La Plaza del Diamante* publicada en el 1962. El escrito de Mercè Rodoreda -que según Gabriel García Márquez es la más bella novela que se ha escrito en España después de la Guerra Civil- no solo es importante por ser una verdadera innovación por su técnicas estilísticas, o porque nos ofrece una crónica entre deslumbrada y alucinada del terror de la revolución libertaria, de la violencia mortal durante la Guerra Civil, en el frente y en la retaguardia, del horror de la represión franquista y de la extrema crueldad de la dictadura; sino que es también, la historia de una mujer que se libera, una heroína que a partir de una condición -como la de muchas otras mujeres españolas- de pobreza, hambre y sumisión, con una fuerza sin precedentes, al final logra recuperar su dignidad; La mujer, gracias a Colometa, se

convierte en un magnífico testimonio realista de una época.

## 1.2 España de los años '60-'70

El desarrollo literario catalán de los años '60 llegó con un retraso considerable comparado con la narrativa en el resto del país, de modo que solamente en este periodo se difundió el *realismo social* en las obras. Y el motivo es que el segundo franquismo fue una época de relativa tolerancia y apertura, es decir, el único remedio para buscar integrarse en la Comunidad Europea, era que España abriera sus puertas e intentara homologarse con los principios y los usos europeos. Por eso, lo que necesitaba era renunciar a sus viejos modos tradicionales y autoritarios y poner en marcha una modernización acelerada.

Desde el punto de vista económico, como pasó también en la Argentina peronista, se entró en la nueva dinámica de “los Planes de Desarrollo”. Ya en el 1959, como se ha dicho antes, con el Plan de Estabilización se empezó un crecimiento económico importante para la península, y eso siguió adelante hasta el final del franquismo gracias a la creación de tres Planes de Desarrollo bajo el mando de Laureano López Rodó, comisario del Plan desde el 1962: I Plan de Desarrollo (1964-1967), II Plan de Desarrollo (1968-1971) e III Plan (1972-1975). Como explica la



doctora Rosa Alsina Oliva en su tesis doctoral en Ciencias Económicas, los Planes pretendían programar el crecimiento de la economía, sobre todo de la industria, y de determinadas zonas que estaban atrasadas pero que tenían posibilidades de crecimiento. Por lo tanto, se pusieron en marcha los Polos de Desarrollo y los Polígonos industriales, para extender la industria y corregir los desequilibrios regionales (Burgos, Vigo, A Coruña, Valladolid, Zaragoza, Huelva y Sevilla). La rápida industrialización de España fue llevada a todos los sectores, como explica Aparicio Izquierdo:

“Aprovechando esta favorable situación económica, el Estado apostó por modernizar los recursos productivos en todos los sectores de la economía:

- En el sector primario se mejoró la productividad agrícola gracias a las nuevas técnicas y tecnologías importadas de los países de la Europa occidental.
- El sector secundario experimentó un gran desarrollo, destacando las industrias automovilística y química.
- El sector terciario tuvo un gran crecimiento gracias al masivo turismo de extranjeros, especialmente importante en la costa mediterránea.”

*(Mujer y trabajo durante el franquismo, 2014, p. 45)*

y aportó dos cambios importantes en la distribución de la sociedad: primero, en busca de una posibilidad mayor de trabajar, muchos obreros se mudaron con sus familias desde el campo hacia la ciudad “originando una polarización positiva hacia los centros industriales y de servicios y una grave despoblación en los de agricultura tradicional” (Vidal-Beneyto, 2006, s.p) y no se puede olvidar los trabajadores que emigraron al exterior para

cobrar dinero en las industrias europeas -sobre todo Francia y República Federal de Alemania- que “afectó a casi el 10% de la población activa española” (Vidal-Beneyto, 2006, s.p) pero que redujo el alto nivel de paro en España a diferencia de otros países europeos que estaban en una etapa de expansión económica y necesitaban mano de obra; además, hizo posible que más del 80% de los nuevos oficios fueron ocupados por mujeres y esa es una incorporación muy importante del género femenino en ámbitos en los que antes no podía acceder, como veremos en detalle más adelante. A partir del 1960 hasta el 1973, España benefició de un crecimiento económico espectacular, exigiendo también una cuantiosa importación de bienes de consumo que pudo realizarse gracias a la explotación del turismo, a los ahorros enviados por los emigrantes afuera del país y a las entradas de capital extranjero debido a las inversiones que se hacían en el territorio español. Pero, para entender la lucha y condición femenina de estos años, que explicaré en capítulos siguientes, es también importante analizar las transformaciones sociales que había llevado esta fase de apertura porque es exactamente en la sociedad el ámbito en el cual se produjeron unos cambios más visibles.

La intención -más bien la necesidad- de modernizarse, había producido unas modificaciones en la estructura social donde los valores

antiguos de la España tradicional tuvieron que hacer frente a los nuevos usos e ideologías que llegaron tras el contacto con el mundo extranjero moderno. De hecho, como se ha subrayado antes, la urbanización había llevado una profunda desigualdad entre el campo y la ciudad; como también, en una visión más amplia, una fuerte diferencia entre regiones de España más avanzadas -como Cataluña y el País Vasco- y el resto de la península. Eso conllevó a que la vida de las clases populares cambiara totalmente porque, aquellos trabajadores que se mudaron desde el campo a la ciudad con vistas a incorporarse en las grandes empresas, necesitaban un alojamiento que, en un primer momento, fueron chozas pero que pronto fueron reemplazada por bloques de casas de gran altura; así que

“Aparecieron así, en la periferia de las grandes ciudades, barrios satélites, sin casi servicios públicos, con graves problemas de higiene, carencias sustanciales en el suministro de agua, transporte y escolarización, objeto de una salvaje especulación urbana y pronto convertidos en guetos inhóspitos, en los que la droga y las agresiones instalan la inseguridad como pauta dominante.”  
(Doctor Vidal-Beneyto, 2006, s.p.)

A pesar de las malas condiciones de vida, trabajar en grandes centros urbanos era ventajoso y rentable porque, en estos años de modernización, el sueldo se incrementó considerablemente tanto como para permitirle el acceso a bienes materiales (coche, televisión, etc.). Y podría parecer una

simpleza, pero es precisamente de esta posesión de bienes corporales que empezó a llegar un cambio de mentalidad; porque gracias a los coches los domingos y las festividades, antes vistos como “los espacios de la celebración religiosa por antonomasia” (Vidal-Beneyto, 2006, s.p), se convirtieron en momentos de ocios en los cuales hacer excursiones y pasar el tiempo con la familia. Por otra parte, en la década de los 60, la televisión invade las casas españolas:

“la programación estaba férreamente sometida al control del gobierno y por tanto convertida en instrumento fiel para la difusión de la propaganda gubernamental en materia política –noticias, comentarios y temas- así como también en lo referente a las creencias propias de la ideología básica de la España más conservadora y tradicional. Pero este monolitismo reaccionario no podía evitar que las novelas y los seriales presentasen al espectador una realidad distinta que, además de incorporarle mediáticamente a la sociedad de consumo, le invitaba a adoptar otras costumbres, otras preferencias, otros valores.”

(Doctor Vidal-Beneyto, 2006, s.p.)

Y ese conocimiento de usos distintos a los antiguos vigentes en el país, hizo posible que se desarrollase -en particular entre los jóvenes- una toma de conciencia de una propia manera de pensar, diferente a la que estaba impuesta por el régimen. De hecho, la gana de renovación fue impulsada no solamente por los trabajadores -de que este nuevo rumbo social afinó sus conciencias de clase organizándose en sindicatos para luchar por su

propio derechos- sino sobre todo por la élite universitaria que constituyó una fuerza de oposición al franquismo de gran combatividad

“Los estudiantes, en particular los universitarios, son el otro gran vector de la movilización de la sociedad civil en su antagonismo con la dictadura. Todo comienza en los años 50 con el rechazo a la incorporación obligatoria al SEU<sup>2</sup> y en 1954 y 55 se registran ya por distintos motivos, varias algaradas. Pero en Febrero de ese año, cuando aprovechando los buenos modos de la rectoría de Joaquín Ruiz Jiménez en el Ministerio de Educación y de Pedro Laín Entralgo en la Universidad de Madrid, la revuelta de la juventud universitaria alcanza sus cotas más altas<sup>3</sup>. La represión es fuerte y por primera vez los hijos de la burguesía, vencedora en la guerra civil, conocen las cárceles de Franco, lo que, como sucede con frecuencia, les confirma en su determinación antifranquista.”  
(Doctor Vidal-Beneyto, 2006, s.p.)

El objetivo principal de los estudiantes era lo de limpiar los cursos académicos del control estatal y de democratizar la vida universitaria en su conjunto como primer paso hacia una libertad tan anhelada. Así pues, estaban tratando de transformar el proceso educativo con una re formulación de la estructura de la comisión de docencia, el modo en que los profesores ejercían su autoridad en la enseñanzas y, además, intentar acercar lo más posible el alumnado a la gestión universitaria para que la experiencia universitaria no fuera solamente basada en una formación

---

2 **SEU – Sindicato Español Universitario.** Fue una organización sindical estudiantil de carácter fascista que existió en España. Fue creada durante la Segunda República Española por José Antonio Primo de Rivera, con el objetivo de convertir a la mayoritaria Federación Universitaria Escolar (FUE) e introducir la propaganda de Falange en la Universidad.

3 El 9 de febrero de 1956 durante un tiroteo entre grupos diferentes de estudiantes de la facultad de Derecho de Madrid, murió por un disparo Miguel Álvarez, joven derechista de 18 años. El asunto se convirtió en un interés internacional,

humanística, científica o técnica sino que fuera incluso una etapa importante para aprender unos conocimientos útiles en la vida y formar futuros ciudadanos conscientes. Solamente en 1970 el gobierno se planteó una posible solución con la aprobación de la Ley General de Educación del ministro Villar Palasí, la reforma de toda la educación, con escolarización obligatoria y gratuita hasta los 14 años, pero llegó demasiado tarde.

Por último, en esta década revolucionaria, en otro ámbito se observó un fuerte rechazo de los valores tradicionales: en las relaciones personales. Es decir, durante la década anterior, la vida sexual de los españoles giraba alrededor de unas normas de conducta bastante estrictas: el noviazgo “se concibe exclusivamente como antesala y preparación del matrimonio y la exclusión del acto carnal pleno es su piedra de toque.” (Vidal-Beneyto, 2006, s.p). En efecto, por su educación de tener como única tarea la de ser reproductora, la mujer era considerada como una virgen, casi intocable y pura, hasta la unión formal y por eso, los novios a veces encontraban consuelo en otra manera legalizada. Pero, en este período que va desde los años 60 hasta los 70, las mujeres comienzan a reclamar sus libertades sociales y, sobre todo, a concebir su sexualidad de otra forma como explica la historiadora Aurora Morcillo en *Por la senda del franquismo*:

“A los cambios de carácter económico y religioso vino a sumarse la apertura a Europa, de la mano de la emigración

y el turismo. Una oleada de liberalidad socava los usos de una moral fosilizada. Europeidad y españolismo eran conceptos mutuamente excluyentes que hubieron de empezar a ser conjugados en la España de los años sesenta. El proceso de europeización provoca tensiones y choques en el terreno de las costumbres cotidianas. El microcosmos familiar, reproductor de una moral convencional católica, se resiente para dar paso a una familia más permisiva y con mayor independencia, acorde con los nuevos tiempos. El consumismo, que la nueva política económica potenciaba, insta a las parejas a elegir el número de hijos que quieran y, sobre todo, que puedan educar y mantener con holgura. Atrás empiezan a quedar las grandezas de los matrimonios prolíficos para la Patria. Del mismo modo el anatema que pesaba en las relaciones sexuales antes o fuera del matrimonio empieza a romperse, al socaire del movimiento laicizante de la sociedad, que aleja cada vez más a la mujer de la influencia eclesiástica.” (págs. 86-90)

Este estado de tolerancia hizo posible también que la parte femenina se organizara en grupos feministas como, por ejemplo, el *Seminario de Estudios Sociológicos de la Mujer* (SESM) y el *Movimiento Democrático de Mujeres* (MDM) surgidos a mediados de los sesenta. Además, se publicaron libros escritos por mujeres y se tradujeron obras de feministas internacionales (*El segundo sexo* de Simone de Beauvoir). Por fin, la sexualidad empezó a ser aceptada socialmente y las diferentes capas sociales por un lado intentaron preservar los convencionalismos de su clase, mientras que, por otro lado, asumieron las libertades de una sociedad desarrollada.

Así, las primeras fracturas del gobierno franquista, llegaron

alrededor del 1973, año marcado por la presidencia al gobierno de Carrero Blanco que fallecería solo seis meses después a causa de un atentado de ETA, y sucedido por Carlos Arias Navarro el año siguiente. El nuevo presidente dio signos de apertura del régimen y, por eso, fue bien aceptado por el ala más aperturista del franquismo; pero las propuestas, que querían ser tan liberalizadoras, al final resultaron ser solamente una estrategia para mejorar la imagen del régimen y absolutamente insignificantes en una España que estaba cambiando rápidamente y cada vez más luchadora. De hecho, bajo el mando de Navarro, hubieron algunos episodios relevantes que nos muestran otra cosa respecto a su idea de “liberal”, sino un régimen arraigado en su ideología incapaz de querer afrontar una revolución social en marcha: en primer lugar, el domingo del 24 de febrero de 1974 el obispo de Bilbao Antonio Añoveros Ataún leyó una homilía en la que predicaba como el cristianismo fuera el mensaje de salvación para todos los pueblos y el país Vasco, igual que todo los pueblos de España, tenía derecho a conservar su identidad utilizando la lengua vasca tanto en la enseñanza, como en los medios de comunicación. El gobierno de Arias Navarro reaccionó irritado delante este hecho, acusando a Añoveros de haber atacado la unidad de España y ordenó que fuera alejado incluso del País. Mas, el Vaticano y la Conferencia episcopal defendieron al prelado



amenazando la excomunión de todo el gobierno si se le hubiera echado fuera. Al final, este acontecimiento se resolvió por una intervención del general Franco el cual nunca quiso conflictos con la Iglesia, pero hizo más evidente la crisis que existía entre la estructura eclesial y el franquismo. En segundo lugar, poco tiempo después, el 2 de marzo del mismo año tuvo lugar la ejecución del anarquista catalán Salvador Puig Antich, una de las últimas víctimas del garrote vil, condenado por ser culpable de la muerte de un policía durante un tiroteo para la detención de otro anarquista. Y ni Arias Navarro ni tampoco el mismo dictador se mostraron dispuestos a revocar la pena de muerte. Así que, un hecho que en los años 40 quizás habría sido silenciado, en los últimos años del franquismo se convirtió en un acontecimiento bajo los focos de toda Europa.

El año 1973 estuvo marcado también por la crisis internacional del petróleo por la caída del dólar que produjo: un aumento significativo de los precios; un estancamiento de la producción ya que España contaba su crecimiento con la inversión y la economía extranjera; y un aumento del paro porque, debido a la depresión económica mundial, una gran cantidad de trabajadores españoles emigrantes de la década de los 60 regresaron a su país. En definitiva, el mal gobierno del nuevo presidente, unido a un precario estado de salud de Franco, originaron un “un ambiente

inestabilidad política, el cual trajo consigo una gran cantidad de protestas sociales duramente reprimidas” (Aparicio Izquierdo, 2014, pág. 46).

Pero, es gracias a este clima de aparente transigencia y renovación que permite en cierta medida el resurgir de la cultura catalana gracias a las novelas catalanas escritas en lengua materna y a la creación de unas editoriales sólidas como Edicions 62. Empiezan incluso a reflorar los premios literarios como “en 1960 se crea [...] el premio Sant Jordi de novela (a partir del premio Joanot Martorell, que existía desde 1948, el cual había sucedido a su vez al premio Crexells, el más antiguo de las letras catalanas, existente desde 1928)” (Alonso González, 2004, pág. 75) y fundaciones culturales de gran importancia para la promoción y la salvaguardia de la lengua catalana como Omnium Cultural, establecida en 1961, que es una entidad destinada a la difusión y la normalización del catalán, que hoy en día cuenta con 16.000 socios. Comienza, pues, en los 60, un proceso de avance y crecimiento en la narrativa catalana que no cesará hasta la actualidad:

“La literatura catalana entre 1960 y ahora mismo nos sitúa en la complejidad y dinamismo de un marco que recoge las tensiones y las transformaciones de una cultura escindida entre la lucha para el reconocimiento social de su personalidad y un esfuerzo por alcanzar la modernidad literaria. [...] es así que la década de los sesenta se convirtió de capital importancia en el resurgimiento de las letras catalanas. Fueron años de ilusiones e intensidad, y

una cruz en el tiempo donde se encontraron, en estadios diferentes de contigüidad, los escritores marcados por la experiencia de la Guerra Civil Española y una nueva generación que, a partir de los años setenta, encarna los valores de la renovación y el cambio en el marco de la literatura catalana contemporánea.”<sup>4</sup>  
(Àlex Broch, 1997, s.p)

Y los valores de renovación de los que Broch habla y de los que se han subrayado antes, se reúnen en literatura bajo el nombre de *Generació Literària dels 70*, nombre de un grupo de intelectuales nacidos entre 1939 y 1949, que procede del título de la obra publicada por Guillem-Jordi Graells y Oriol Pi de Cabanyes en 1971. Los autores de este círculo estaban profundamente influenciados por el mundo que les rodeaban y se nota en las características que tienen en común y que se puede encontrarlas también en sus obras: todos han vivido el posguerra; estuvieron “profundamente marcados por los medios de comunicación (en especial cine, TV y cómic), que han mitificado, y tienen un claro afán cosmopolita. Se trata por otra parte de una generación contradictoria, con una crisis ideológica que les impulsa a eliminar tabúes infantiles y a desmitificar los valores tradicionalmente aceptados”(Alonso González, 2004, pág. 76) por eso, buscaron nuevas estructuras narrativas y formas expresivas; vivieron el boom editorial de los años 60 (premios, revistas); “cada autor tiene preocupaciones lingüísticas de investigación, de creación de un estilo

---

4 Mia traduzione dal catalano allo spagnolo.

propio. [...] Se protesta contra la dictadura de los correctores. Hay unanimidad absoluta con respecto al bilingüismo pero los autores ven clara la ventaja del castellano en cuanto a difusión (aceptando la importancia de catalán desde el punto de vista creativo)”(Alonso González, 2004, pág. 76); muchos de estos escritores vivían en Barcelona aprovechando el contacto con la universidad y apoyando la cultura catalana, aunque mostraron un escaso conocimiento de la novelística en catalán. De todos modos, ellos utilizaron la heterodoxia lingüística, el humor y el erotismo para romper los géneros y los cánones realistas de la novela de posguerra e intentando “dar voz a Cataluña, una comunidad cultural que había sido silenciada durante varias décadas” (Brenes García, 1995, s.p) .

En particular, entre los nombres de autores barceloneses -como Jaume Fuster, Quim Monzó, Amadeu Fabregat, etc.- aparece la segunda autora de este estudio: Montserrat Roig, con su obra de gran relevancia titulada *Tiempo de Cerezas* escrita en 1976. La aportación de la autora en el mundo literario de los últimos años del franquismo fue significativo porque, como pasó a Mercè Rodoreda, no solamente experimentó en su propia piel múltiples exclusiones -en cuanto mujer, catalana y comunista- sino que también logra crear unas obras con el objetivo de la recuperar la memoria histórica de los débiles y marginados, de los oprimidos y los

ignorados durante el duro régimen. En el caso de *Tiempo de Cerezas*, a través de las relaciones entre los personajes de la novela, Montserrat Roig ofrece un estudio de la imagen y el rol de las mujeres en la sociedad española contemporánea mediante sus silencios, sus actos y sus oposiciones; además, establece cuáles son las relaciones de poder, cuerpo y sexualidad que determinan la identidad de la mujer para denunciar las opresiones y desigualdad femenina bajo el franquismo.

En conclusión, las dos décadas de la dictadura influenciaron en gran medida la cultura española, primero con una fuerte censura y control de las obras literarias y de la sociedad (años '40-'50); luego, gracias a la apertura a los mercados internacionales, España rebaja la tensión permitiendo el desarrollo de nuevas formas de pensamiento procedente de nuevas influencias extranjeras que llegan en el país gracias a los medios de comunicación de masa y el turismo. Sin embargo, lo más importante es que, aunque para las mujeres existían limitaciones estrictas en todos los ámbitos de la vida, es precisamente gracias a obras de escritoras que se tiene un testimonio y una denuncia directa de los años más crueles de la historia de España los cuales se iban a callarse entre el olvido de una generación a otra.

## Capítulo 2: Dos escritoras, una protagonista

### 2.1 Mercè Rodoreda, vida y obras

*“Nunca hago proyectos. Me he acostumbrado a no tener mañana. Después de haber pasado hambre, miseria, después de haber pasado la guerra civil y la segunda guerra mundial [...] me he acostumbrado a no arraigarme en ningún sitio.”*

(Entrevista entre Montserrat Roig y Mercè Rodoreda, Triunfo, 1973)

Mercè Rodoreda nació en 1908 en Barcelona en el barrio de Sant Gervasi en una familia aficionada al teatro y a la literatura. Tuve una vida privada bastante compleja: fue a la escuela hasta los doce años, después dejándola para ayudar a la madre con las tareas domésticas. Cumplidos los veinte años, se casó con su tío -que tenía catorce años más que ella- con el que tuvo su único hijo Jordi Gurguí Rodoreda. Sin embargo, el casamiento y la maternidad precoces no la alejaron de su grande ambición, la de escribir y hacerse escritora. Mercè, en efecto, empezó a componer muy temprano -a poco más de veinte años- utilizando distintos géneros literarios: novelas, cuentos, poesías, obras teatrales a las que se añadía su pasión por la pintura. Gracias a su fuerza de voluntad, empezando por una formación de autodidacta y dedicándose a la lectura de clásicos horas al día, conseguí ser en los años sesenta la novelista catalana contemporánea

más conocida a nivel internacional.

Los años treinta fueron importantes no sólo para la joven Rodoreda, sino también para la misma Cataluña que vio el fin de la dictadura de Primo de Rivera y la proclamación de la República en el 1931. Enseguida, se reconstituyó la Generalitat de Catalunya y aprobado el Estatuto de Autonomía en el 1932 que otorgó una amplias competencias a Cataluña no solamente desde el punto de vista político (gobierno y parlamento propio) sino también para el desarrollo de la cultura y lengua catalana (en el orden público, en las obras públicas y la posibilidad de crear escuelas e institutos y una Universidad propia donde se podría emplear tanto el castellano como el catalán) tras de años de silencio bajo dictadura. En estos años las mujeres españolas obtuvieron una conquista importante en el ámbito político gracias a la Constitución Republicana del 1931 que aprobó el sufragio femenino ya establecido en distintos países europeos. Es precisamente en este contexto favorable a la cultura y a la emancipación femenina en que Mercè Rodoreda publicó en 1932 su primera novela titulada *Sóc una dona honrada?*, a la cual siguió en la primavera del 1934 *Del que hom no pot fugir* para la revista Clarisme de Barcelona. Después de esta última obra, Joan Puig i Ferrater, director de la Ediciones Proa, se interesó a sus trabajos y decidió publicar en el mismo año su tercer novela *Un día en la vida d'un*

*home*. Rodoreda empezó, entonces, a entrar en contacto con el mundo literario debido al mismo Puig i Ferrater que le abrió las puertas del Club dels Novel·listes compuesto por autores como Armand Obiols, Francesc Trabal y Joan Oliver.

En el 1947 ganó el premio Crexells con la novela *Aloma* publicada en el 1938 por Joan Oliver con el acuerdo de la Institución de las Letras Catalanas. Entre el final del 1938 y el principio del 1939, estaba claro que el frente republicano había perdido la Guerra Civil, por eso, Mercè Rodoreda -como otros escritores- tuvo que irse al exilio a Francia el 23 de Enero de 1939 dejando a su hijo al cuidado de su madre. En primer lugar, se instaló en Roissy-en-Brie donde empezó a formar pareja con Joan Prat i Esteve, mejor conocido con el seudónimo de Armand Obiols al que dedicará la obra que le dará notoriedad, *La plaça del diamant*. En segundo lugar, se trasladó a Limoges-Burdeos, en Paris. Durante su exilio en Francia -primero huyendo de Franco y después de las tropas nazistas- no tuvo muchas oportunidades para escribir debido a los constantes bombardeos y a las difíciles condiciones diarias que la obligaron a ganarse la vida cosiendo y tejiendo. Acabada la Segunda Guerra Mundial, en el 1948 volvió por un breve periodo a Barcelona con el fin de presentar su poesías a los Jocs Florals encontrándose con una ciudad completamente



diferente: dijo Rodoreda en una entrevista en el periódico *Triunfo* con Montserrat Roig “cuando volví por primera vez después de la guerra, en 1948, el aspecto de Barcelona era deprimente, siniestro. La gente caminaba triste y abrumada por la calle” y es que la vida cultural catalana era inexistente porque los intelectuales que habían significado algo durante la República estaban todavía en exilio o no tenían una presencia visible. Luego Rodoreda y Obiols en el 1954 se mudaron a Ginebra, ciudad donde inició a componer su novela más célebre *La plaça del diamant*, publicada en 1962 por Joan Sales –fundador de la editorial El Club dels Novel·listes– y definida por él mismo como el relato más importante de la ficción catalana del posguerra. En Ginebra incluso realizó la redacción de *Viatges i flors* que concluyó los últimos años de su vida, después de su vuelta a Cataluña a Romanyà de la Selva, y impreso poco más tarde en 1980. Mercè Rodoreda falleció el 13 de abril de 1983 en Girona.

## 2.2 Primero, viva; luego, escriba: *La plaça del Diamant*

“-¿Crees que la novela se puede considerar como una catarsis?

-Si, eso es. La novela es una catarsis.”

(Entrevista entre Dolors Oller, Carme Arnau y Mercè Rodoreda)

Durante los años treinta, Mercè Rodoreda encarnará el modelo de una escritora revolucionaria y polifacética, comprometida tanto en el ámbito literario como en lo teatral, poético y artístico. Interesada ya en la preguerra de las técnicas cinematográficas por “las posibilidades que ofrece el género cinematográfico para visualizar las formas de la conciencia y de la subjetividad humana” (Xavier Pla, 2002, pág. 76) y profundamente influenciada por la lectura de autores europeos como Kafka, Joyce, Woolf, Mansfield, será a partir de la guerra civil española y de su dolorosa experiencia del exilio que logrará construir un proyecto literario de novelas que reflejan la dura realidad de la vida y del ser humano gracias a las cuales la convirtieron en una de las escritoras catalanas más importantes de España.

De hecho, la fortuna literaria llegó definitivamente en 1962 con la publicación de la novela *La plaça del Diamant* considerada “la obra más importante de la literatura catalana de posguerra” (Xavier Pla, 2002, pág. 80). Mercè Rodoreda empezó a escribirla en el 1959 en Ginebra y el año siguiente la presentó al premio Sant Jordi con el título *Colometa*. El libro

fue desestimado por el jurado y no ganó el premio, mas Joan Fuster -uno de los jueces- encontrándola interesante, la recomendó al editor Joan Sales que había recién fundado la editorial El Club dels Novel·listes. Dentro de poco, los dos intercambiaron una larga correspondencia en la que Sales propuso además de unos cambios lexicales y de estilo, también revisar las fuentes de los pasajes acerca del inmediato posguerra porque sabía que la autora en aquel período estaba en exilio y no pudo vivir en persona la realidad de Barcelona en aquellas circunstancias. Finalmente, la obra fue publicada en 1962 con el título con el que se conoce hoy en día; tuvo tan éxito que se tradujo en 26 lenguas, se hicieron representaciones teatrales, y hasta el cine y la televisión se han sentido atraídos por esta obra tanto que el director Francisco Betriu en 1978 llevó la novela en la gran pantalla creando una miniserie de tres capítulos.

*La Plaça del Diamant* narra la historia en primera persona de Natalia, una chica barcelonesa tímida y sumisa, de familia humilde, que representa a muchas otras mujeres que les tocó vivir el período más negro de la historia Española: la guerra civil y la posguerra. Al igual que otras mujeres, Colometa ve partir y morir a sus seres queridos, pasa hambre y miseria y se ve muchas veces incapaz de sacar adelante a sus hijos. Pero, la guerra representa para el personaje la manera de tomar conciencia de si

misma y la hace madurar. Porque, si en primer lugar se une en matrimonio con un hombre egoísta que no le proporciona felicidad renunciando incluso a su propia identidad cediendo todo el protagonismo a su esposo, aceptando los convencionalismos de una época; en un segundo lugar, tras la muerte de su marido Quimet y las duras circunstancias del tiempo, Colometa y el resto de los personajes se ven obligados a crecer, a transformarse. Así que, finalmente, Natalia con sus fuerzas logra superar las adversidades hasta contraer matrimonio con su segundo marido Antoni que ya no la llama *Colometa*, sino con máximo respeto *señora Natalia*.

Aunque en una entrevista con Dolors Oller y Carme Arnau publicada en 1991 en *La Vanguardia* a la pregunta de que si sus novelas, al tener protagonistas femeninos, quizá pudieran responder a un planteamiento feminista y que ella respondió que no creía en el feminismo, Rodoreda ha conseguido crear con el personaje de Natalia un testigo directo de las difíciles condiciones de vida de las mujeres españolas bajo los cambios históricos y políticos de España desde la República hasta el posguerra. Circunstancias que ella misma en primera persona ha experimentado debido a que sufrió persecuciones y exilio que la afectaron por lo menos en cuatro ámbitos diferentes: político, por ser una defensora del bando republicano; geográfico, viviendo lejos de Barcelona desde el

1939 hasta 1973; lingüístico, porque durante el exilio en Francia y en Suiza no pudo hablar el catalán, ni tampoco en España ya que estaba estrictamente prohibido por el régimen; y personal, porque los hechos históricos la obligaron a dejar su hijo en España.

Sin embargo, aunque algunos críticos suelen considerar la obra una autobiografía, hay que tener cuidado con el acto de crear un paralelismo entre la vida y la obra, asimismo de asociar el autor con el narrador. Es verdad que los elementos espaciales y temporales de sus obras remiten a lugares reales de la vida de la escritora, como también la misma Rodoreda afirmó que en los relatos se refleja un punto de vista personal, pero no se puede fijarse en leer la novela solo en clave autobiográfica sino valorarla por ser un cuento literario ya que como dijo la misma autora «una novela tiene que reflejar la realidad. Pero tiene que tener una parte de fantástico, de irreal. Y ha de ser poética.». Quizá esa confusión pueda ocurrir por las técnicas narrativas empleadas por la autora. En primer lugar, tanto en las narraciones breves como en las novelas, se elige la narración en primera persona normalmente relacionada a un sólo punto de vista de personajes femeninos. Personajes cargados de vida y de humanidad que “se resisten a morir, distorsionados entre el medio real y irreal, sin saber que fuerza oscura les empuja a arañar la vida con las uñas” (Roig, 1973, pág. 39);

como, por ejemplo, nuestra heroína de *La plaça del Diamant* Natalia que, al comienzo de la novela es una mujer inocente y manipulable, pero tras las complicadas circunstancias históricas, se arremanga las mangas y lucha para mejorar su condición. Y esa empatía que se forma entre el lector y el personaje está creada sin duda alguna por la técnica del *realismo subjetivo*: a través de la voz narradora, que logra ocultar las otras distintas voces del relato, el lector es llevado al interior de la novela y comparte con la protagonista las mismas emociones, las mismas sensaciones, los mismos ambientes. En consecuencia, el uso del elemento narrativo del narrador en primera persona, no significa que Rodoreda quiso crear una obra confidencial; sino que la voz de la protagonista, que desde el presente reconstruye su memoria personal por medio de la analepsis o retrospectión, fue una decisión consciente para dar ese efecto de 'realidad verosímil', es decir, hacer que el receptor perciba la realidad histórica y social de la que hace referencia el cuento.

En segundo lugar, como afirmé antes, algunas alusiones a la historia personal de la autora se pueden encontrar en las obras en forma de lo que Xavier Pla en *Mercè Rodoreda poética de la memoria* define como *retórica de los objetos*: una narración donde los elementos simbólicos (palomas, laberinto, flores) y los elementos reales se entrelazan con el fin de

componer un testimonio histórico pero desde “una determinada visión del mundo que ha que ser poética y fantástica” (Arnau, 2002, pág. 110); Y por un estilo propio emocionante capaz de “recrear perfectamente la vida cotidiana alegre, comprometida y trágica de las capas populares” (Arnau, 2002, pág. 111) donde aparecen principalmente frases cortas, yuxtapuestas, y oraciones separadas por puntos o unidas por el polisíndeton. De modo que las obras de Rodoreda se han considerado innovadoras precisamente porque su importancia está en esa mezcla entre la veracidad histórica y la fusión de varias influencias literarias, como el simbolismo y existencialismo, presentada a través de la mirada femenina “testimonio de los cambios acaecidos en la sociedad a principios de siglos” (Brenes García, 1995, pág. 18).

En conclusión, Mercè Rodoreda ha creado unas obras en las que en el centro hay la condición humana de la mujer y del hombre; una situación marcada por la incomunicación, la soledad, y el exilio durante una de las etapas más atroces que ha vivido España. A través el poder de la escritura, ha sabido transformar en literatura su profunda experiencia de vida, casi siguiendo al pie de la letra el consejo que el director de la revista barcelonesa *La Rambla* dio a una Rodoreda muy joven y con muchas ganas de escribir: “primero, viva; luego, escriba”.

## 2.3 Montserrat Roig, vida y obras

*“El meu pare, la meva mare, la meva àvia, tots els meus  
gemans, tothom a casa ha tingut llibres a les mans”*

Montserrat Roig

Montserrat Roig nació el 13 de junio de 1946 en una familia de la burguesía liberal situada en el Ensanche de Barcelona. Roig recuerda como en su casa todos los componentes eran aficionados a la cultura, en efecto su madre era una activista política y literaria, escritora de ensayos y artículos. Le recuerda como una mujer muy avanzada por sus tiempos: de izquierda, feminista e independentista. En cambio, su padre era conservador y católico, abogado y escritor siempre en contacto con los literarios más importantes de Barcelona. De modo que es gracias a este clima en el que creció Montserrat donde escribir era algo prestigioso, lo que le transmitió este amor por la literatura. Desde los cuatro años hasta los trece, fue enviada a una escuela de monjas en la que aprendió a madurar más su ateísmo que las enseñanzas religiosas. A quince años entró por tres años en el mundo del teatro apuntándose a la Escola d'Art Dramàtic Adrià Gual donde tuvo el primer contacto con intelectuales como Salvador Espriu y Manuel de Pedrolo, pero, además, le permitió conocer a la escritora Maria Aurèlia Capmany y a la fotógrafa Pilar Aymerich con quienes tuvo una relación de amistad a lo largo de toda su vida. En 1963, siguiendo su



pasión, se inscribió en la facultad de Filosofía y Letras de Barcelona, durante la cual no solamente asistía a clases clandestinas de literatura catalana, sino también comenzó a comprometerse en la política. De hecho, con sus veinte años, participó a la llamada *Caputxinada*<sup>5</sup>, o sea, una reunión por parte de Sindicato Democrático de Estudiantes -organización clandestina antifranquista- de la universidad de Barcelona en el convento de capuchinos de Sarrià y que Roig consideró como “la primera manifestació ciutadana d'una societat ferida que començava a perdre la por”. Aunque tendría que durar solamente una tarde, en realidad la policía les iba a rodear por tres días y, si bien los presos fueron puestos en libertad tras pagar unas multas costosas, el acontecimiento tuvo una gran repercusión mediática porque, por primera vez un grupo de sacerdotes desobedecía y se oponía a las fuerzas de orden público del régimen. El mismo año se iba a casar con el arquitecto Albert Puigdomènech, del que se separó tras el nacimiento de su primer hijo en 1970. En 1968, con veintidós años, se unió al Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) donde estaba involucrado también Albert, pero salió del grupo dos años después.

La carrera literaria de Montserrat, empezó a diecinueve años cuando ganó el premio literario de los Jocs Florals de Caracas (Venezuela) por su

---

5 Cast. *Capuchinada*

trabajo en prosa *La falç*. Más tarde, en 1969, consiguió el premio de Sant Adrià del Besòs gracias a la narración *La ciutat dels tristos destins* y también el Serra d'Or con su primer reportaje de joven escritora. Pero, no tenía ni siquiera veinticuatro años, cuando se publicó su primer libro en 1971 titulado *Molta roba i poc sabó... i tan neta que la volen*. En aquella época, había empezado a trabajar también como editora por la Gran Enciclopèdia Catalana y por el Diccionari de Literatura Catalana; mas, como la empresa de Enciclopèdia no pasaba un buen tiempo, el mismo año la despidieron, hecho que llevó Montserrat a tomar una decisión definitiva: la de vivir de escritura. Efectivamente, después de su primer escrito, compuso una trilogía de novelas importante: *Ramona, adéu* (1972), *El temps de les cireres* (1977) y *L'hora violeta* (1980); más otras como *L'òpera quotidiana* (1982), *La veu melodiosa* (1987) y *El cant de la joventut* (1989). Además, en 1970 el abogado Josep Benet le encargó uno de los proyectos más importante de su trayectoria literaria: *Els catalans als camps nazis*, con el que ganaría el Premio Crítica Serra d'Or y marcó el inicio de trabajos histórico, reportajes y ensayos.

En 1972, se casa con Joaquim Sempere, con el que va a tener su segundo hijo Jordi, y empieza también su carrera de periodista escribiendo artículos por el director -de hecho Sempere- de la revista *Treball* con el

seudónimo de Capitán Nemo. Montserrat Roig fue un personaje comprometido en varios campos porque, no solamente ganaba trabajando como articulista por los periódicos *Treball*, *Triunfo*, *Destino*, *Avui* y muchos más, que le permitían dedicarse a sus novelas, sino que se dedicó también a la televisión presentando el programa *Personatges*. La transmisión televisiva, preveía en TVE Catalunya unas entrevistas a personas del mundo de la cultura silenciadas hasta aquel momento, pero, como resultó incómodo al gobierno por las matices políticas de la conductora, la dirección de Televisión Española decidió eliminar el programa hasta el 1981, cuando Montserrat volvió en la pantalla con *Clar i Català*, *Los padres de nuestros padres* y *Búscate la vida*. Por último, Roig fue activa incluso en ámbitos académicos: recibe una beca en la universidad de Perugia, fue lectora de castellano en la universidad de Bristol, Profesora de historia de Cataluña en Glasgow y de literatura española en Phoenix, demostrando lo que la escritora Marta Pessarrodona afirmó: “Montserrat Roig és la primera escriptora -en sentit genèric- total que ha tingut la literatura catalana” (Rexach Torres, 2016, pág. 21) . Montserrat Roig falleció el 10 de noviembre de 1991 a sólo cuarenta y cinco años en Barcelona dejando como testamento literario su última obra *Digues que m'estimes encara que sigui mentida* (1991).

## 2.4 Dejar de existir para lo uno, siendo lo otro: *El temps de les Cireres*

*“La mirada de dona és mirada d'escriptora  
que s'escriu i escriu el món”*

Montserrat Roig

Montserrat Roig es uno de los nombres más representativos del ámbito cultural catalán de la generación de los setenta. En su breve vida, compuso alrededor de cuarenta obras entre novelas, ensayos, reportajes, artículos y piezas teatrales, sin olvidar, como ya se ha destacado, sus aportaciones en programas televisivos y culturales. Este hecho podría sorprender, pero se debe recordar que la generación de Montserrat vivió las agitaciones de los últimos años del franquismo cuando los jóvenes, educados durante la primera década, iban a defender ideas totalmente antifranquistas tratando de defender sus propios derechos, y la autora siempre “s'alimentava de la vida per escriure i vivia escrivint” (Rexach Torres, 2016, pág. 22). Así pues, como indica Montserrat Roig en *Digues que m'estimes encara que sigui mentida*, lo que le inspira son tres ejes: la vida, su ciudad natal Barcelona y los libros:

"Tant la vida, com els llibres, com la ciutat on vaig néixer, s'han anat transformant en les meves pàtries. Primer t'ho trobes, després ho esculls" (Roig, 1991, pág. 5)

Primero, sin duda alguna la vida ha afectado mucho su trabajo porque ella misma -por ser comunista, catalanista en la España franquista y, aun más,

feminista en una sociedad fuertemente patriarcal- ha vivido en persona las dificultades que habían pasado miles de marginados en la España de Franco; en otras palabras, conseguí transformar su experiencia de vida en literatura dando voz al silencio del olvido. Por eso, su trabajo intelectual consta de dos temas: la denuncia de las atrocidades de las dictaduras (franquista y nazista) y la defensa de las mujeres concebidas como “*diferentes y ajenas a los unos, no las otras*” (Dupláa, 1996 pág. 96). Quisiera detenerme en este último punto relevante para este estudio.

¿Qué es el *feminismo* para Roig? La autora dijo en muchas entrevistas que se dio cuenta del significado de machismo solamente una vez entrada en la universidad, porque hasta entonces había frecuentado solo el entorno de su casa donde su madre tenía una personalidad muy fuerte y su padre nunca decía nada que pudiera ofender los valores de las mujeres. Ingresada en la Universidad y en la política, efectivamente vio como «les dones anàvem a primera fila de les manifestacions [...] però després només servíem per portar-los el cafè i passar a màquina els seus meravellosos escrits» (Montserrat Roig en Rexach Torres, 2016, pág. 143). Empezó a explicar entonces la necesidad del feminismo en el socialismo, donde fueran las mujeres las verdaderas protagonistas en la construcción de una nueva sociedad; porque la libertad de las mujeres no implicaba en ninguna

manera la esclavitud de los hombres, sino una nueva concepción del mundo, un mundo de paz sin opresiones ni marginaciones:

“«El feminisme aporta als partits polítics que estem pel socialisme una nova manera de concebre la lluita en què les dones ens sentim realment protagonistes. El feminisme polític, cal aclarir-ho, no va en contra de la família ni contra el matrimoni, sinó contra que siguin cèl·lules socials que es mantenen més per raons econòmiques que no per raons d'afecte»” (Montserrat Roig en Rexach Torres, 2016, pág. 143)

En efecto, aunque criticaba la presión social del estado que obligaba a la mujer de cumplir sus deberes morales y su rol de madre sacrificada, ella nunca creía que la mujer tenía que renunciar a la maternidad, al contrario que su maestra de vida Maria Aurèlia Capmany según la cual consideraba que la maternidad les esclavizara y les impidiera una posible emancipación. Pero, eso sí, si bien sufrió discriminaciones ya que una mujer que escribía “era titllada, molt sovint, de cruel, egoista i perversa” (Rexach Torres, 2016, pág. 143) porque todas las energías debían emplearlas en cuidar al marido y no por otros fines, Roig jamás renunció a su carrera profesional, nunca dejó de dedicar parte de su tiempo en hablar de feminismo en conferencias, artículos o en los medio de comunicación. Es que en los años finales del franquismo, ya no se marginaba a las mujeres de la cultura ni tampoco se les prohíbe la entrada en las universidades, pero lo que Montserrat denuncia es el monopolio varonil de todos los ambientes

sociales y políticos produciendo “un fals alliberament en un món encara dominant pels homes” (Rexach Torres, 2016, pág. 148) y es allí donde Roig ve el fracaso de la lucha por la igualdad. Porque, era verdad que a nivel cultural en España siempre existieron tanto autores como autoras que se convirtieron en testimonio social, pero la gran diferencia es que a las mujeres se le acusaban de tener “la perspectiva estrictament de dona -una mirada *subjectiva*-, mentre que als homes escriptors, no se'ls acusa d'escriure amb visió estrictament de d'home” (Montserrat Roig en Rexach Torres, 2016, pág. 148). Es por esa falta de una Historia total en la que las mujeres pudieron encontrar su espacio y hablar en primera persona, que Roig desafió las convenciones de la época investigándolas y, lo que es más importante de todo, utilizando la entrevista como medio auténtico para romper estos silencios y construir una memoria histórica protagonizada por mujeres, las mismas mujeres que la escritora caracteriza en sus novelas. Este argumento nos conduce al segundo punto señalado por Roig: Barcelona y su lengua materna.

Al deseo de recuperar una memoria femenina que estaba corriendo el riesgo de ser olvidada, la autora se plantea otro rescate: el lingüístico. En efecto, Roig entendía la escritura como un acto de resistencia haciendo visibles a las mujeres gracias a sus escritos y reivindicando una tradición

literaria femenina. Pero le da un valor añadido porque elige escribir en catalán -su lengua materna y poética- que estaba viviendo una situación de peligro y de silencio semejante a la parte femenina de la sociedad, debido a que el Estado Español no concebía posible la idea que existieran otras lenguas fuera del castellano, porque, como todos los regímenes dictatoriales, se trataba de eliminar cualquiera diversidad por miedo de que pudiera afectar el poder central. El concepto de Montserrat Roig es explicado muy bien por el activista Martí Olivella i Solé en el fragmento indicado por Christina Dupláa en *La voz testimonial de Montserrat Roig*:

“És, precisament, l'argument de la diferència el que ha fet del feminisme una autèntica força històrica. L'emancipació de la dona comporta el reconeixment de la seva diferència, de la seva especificitat. [...] I, entre aquesta riquesa, hi ha la molteplicitat de llengües distintes, llengües que, com els altres éssers vius, sovint es troben en perill d'extinció. Ver aquí, doncs, la contradicció: com pot mantenir-se viva una llengua minoritària, la catalana, si hom assumeix la 'indiferència' d'escriure en català o en castellà en nom d'una nova tradició -la feminista- que, insisteixo, està basada en el concepte del respecte a la diferència?”  
(pág. 109)

De todos modos, se puede ver como en la última década del franquismo, no es posible hablar de una determinada reivindicación de identidad sino de luchas que surgen de forma simultánea en una ciudad en particular, Barcelona. En Montserrat Roig su ciudad natal es el testimonio de las conquistas femeninas y de las luchas por una autonomía tan anhelada, en



pocas palabras, es elevada a la categoría de personaje-testimonio convirtiéndose en “cómplice de la liberación de las mujeres” (Dupláa, 1996, pág. 142). Porque, como se puede notar muy bien en *El temps de les cireres*, la ciudad marca este desarrollo de la condición femenina, en cuanto cada generación de mujeres representadas por Roig ha ganado un espacio en relación a los hechos histórico: las mujeres encerrada en los patios interiores o que tenían como único escape un balcón con vista a la calle, eran mujeres de la clase media que vivían en reclusión según los estrictos valores del posguerra en un Ensanche formado por “espacios cerrados y perfectamente delimitados” (Dupláa, 1996, pág. 142) como el personaje de Judit; al contrario, mujeres como Natalia -la protagonista- que vivieron su madurez en la última década del franquismo, intentan emanciparse logrando su espacio público, la calle, porque “la ciudad entra como catalizador y revela a la mujer -a través de experiencias casi catastróficas- sus propias posibilidades” (Dupláa, 1996, pág. 142). Y se verá en el capítulo siguiente como también en *La plaça del Diamant* de Mercè Rodoreda la protagonista tiene una relación con su entorno. parecida a la de Natalia de Roig.

En efecto, y con este pasamos al tercer y último punto, Montserrat, cuando empezó a escribir, encontrándose con una situación cultural en

dificultad por culpa de las limitaciones impuestas por el franquismo, trató de reconstruir el hilo de la tradición literaria catalana. Y aunque Roig leyó mucho obras de autoras catalanas como Caterina Albert, autoras inglesas como Virginia Woolf, la francesa Simone de Beauvoir y autores catalanes como Josep Pla, Narcís Oller, Josep Carner, Salvador Espriu, Mercè Rodoreda fue la autora que más le influenció. La autora de *La plaça del Diamant* dejó una huella profunda en la manera de elaborar textos literario de Roig, porque fue la novelista que logró reconciliar el género literario con la lengua catalana y, además, le iba a enseñar que era posible escribir obras en catalán eligiendo un lenguaje contemporáneo y al mismo tiempo simple pero muy elaborado:

“«Ella (Mercè Rodoreda) va començar a escriure i a publicar en un moment en què encara era molt difícil, però ja es començava a entendre que hi ha dones escriptores. [...] Pensa que jo coneixia molta novel·la castellana, en aquell moment; però, de sobte, trobar-me en la meua pròpia llengua l'obra d'una senyora com la Rodoreda, havia de ser importantíssim. I en aquell moment sí que em va influir, perquè la seva novel·lística pertanyia a la meua tradició. Ara bé, la meua lluita durant tots aquests anys ha estat matar Mercè Rodoreda. Jo, personalment, com a escriptora, em sento profundament agraïda del bagatge que m'ha transmès, però, la Rodoreda, jo l'he enterrada: no les seves novel·les, és clar!»”  
(Montserrat Roig en Rexach Torres, 2016, pág. 33)

En efecto, la gran admiración de Roig por Rodoreda no sólo se puede notar en el tono de amistad de sus encuentros por las múltiples entrevistas, sino

también en la decisión de la autora de poner el nombre *Natalia* a muchos de sus personajes femenino en homenaje a la protagonista de *La plaça del Diamant*. Nuestra Natalia en particular es la de *El temps de les cireres*, obra publicada en 1977 y ganadora del premio Sant Jordi en 1976. La novela, dividida en cinco partes y escrita en tercera persona omnisciente, forma parte de una trilogía formada por otros dos textos (*Ramona, adéu* y *L'hora violeta*) que cuentan las historias de cómo las familias Claret y Miralpeix aprenden a sobrevivir en un tiempo marcado por la oscuridad de la dictadura franquista, sin ver una esperanza para el futuro. Es precisamente por eso que el título *El temps de les cireres* no es una casualidad sino es una clara referencia a la canción francesa de Jean-Baptiste Clément intitulada *Le temps des cerises*, elegida como himno revolucionario asociado a la Comuna de París<sup>6</sup> e interpretada como “metáfora poética sobre la recerca d'un paradís perdut” (Rexach Torres, 2016, pág. 40). Montserrat optó por nombrar su obra en esta manera para hacer entender de inmediato a los lectores que su obra quisiera ser una reflexión de las frustraciones de los españoles y del mismo País puesto que “«Tota la meva generació pensàvem que quan morís el dictador ja seríem feliços, i jo vaig

---

<sup>6</sup> La Comuna de París fue un gobierno insurreccional francés que se formó tras la revolución del 18 de marzo de 1871 que quitó Napoleón III de su poder de jefe de estado de Francia. Aunque no duró mucho tiempo, puede considerarse que fue un intento revolucionario realizado por las clases obreras parisinas que buscaba asegurar la gestión de los asuntos públicos en un marco municipal sin tener que recurrir a un estado.

pensar que això era impossible, que la felicitat, el nostre temps de cireres, no arribaria perquè en la vida privada també tindriem problemes»” (Montserrat Roig en Rexach Torres, 2016, pág. 40). Efectivamente, además de testimoniar las opresiones franquistas, la crítica más feroz que aparece entre las líneas es hacia la condición social y sexual de las mujeres. Así que la escritora nos muestra un abanico de personajes femeninos de clase media unidas por el eje temático de la represión sexual y la falta de amor: Patricia Miralpeix está casada con el poeta Esteve Miràngels pero al mismo tiempo tiene un amor platónico por el poeta y amigo de su marido Gonçal Rodés. Al descubrir que Esteve tiene una relación íntima con Gonçal, Patricia queda profundamente herida y se abandona en su soledad; Sílvia, esposa del hermano de la protagonista, renuncia a su vocación de bailarina para dedicarse y someterse al marido porque, por razones de dependencia económica, no puede cambiar su vida; Judit y Joan Miralpeix, padres de Natalia, vivieron un amor frenado por las restricciones del régimen. Todos los personajes presentados en la novela, son figuras tristes que derivan de una sociedad perdedora de esperanzas por la Guerra Civil. Gracias a ellos, Montserrat Roig repasa la historia de España desde la posguerra, en los capítulos dedicados a la relación de los padres de Natalia, hasta el 1974, año de vuelta a casa de la protagonista.

Natalia Miralpeix, fotógrafa de cuarenta años, regresa a Barcelona después de doce años tras haberse marchado en 1963 por culpa de un ambiente familiar y social intolerable. Gracias a ella no solamente los lectores van a conocer el pasado y el presente de su familia, sino también el inicio de una transformación importante en Barcelona, una ciudad que fue silenciada a lo largo de toda la dictadura y que ahora intenta a obtener su 'tiempo de cerezas', es decir, el tiempo de un verdadero cambio. Es importante destacar que el comienzo de esta renovación se ve sobre todo en la misma Natalia, presentada como una mujer contra corriente que desde su juventud experimenta un rol político activo a través de su compañero Emilio, que enfrenta un aborto y una huida a Inglaterra; y las otras mujeres que, junto a la protagonista, aparecen como “mujer liberadas” (Dupláa, 1996, pág. 117): Harmonia, mujer que fuma puros y se dedica a la pintura; Kati y Judit, amigas unidas por una educación liberal y bohemia; por último, Encarna, criada primero de Judit y después de Patricia, vive sin seguir las convenciones sociales y “sin ser atrapada por la mediocridad familiar que la rodea” (Dupláa, 1996, pág. 117). Todos estos personajes femenino se presentan como mujeres en busca de una salida en una España llena de tabúes y temores; en efecto, ya se ha subrayado como para Montserrat fue muy importante la escritura de Rodoreda, pero se tiene que

destacar también que las dos autoras viven épocas distintas en las cuales el concepto de “ser mujer” de estar escondido y desvelado poco a poco, en la época de Roig empieza a tener voz y una conciencia activa a través de un YO literario sexuado que el *La plaça del Diamant* se observa solamente al final.

En definitiva, Montserrat Roig hace parte de una generación de escritores catalanes comprometidos con las transformaciones sociales cuyas obras se convierten en testimonio literario de una colectividad en estado de agitación para intentar romper con las restricciones impuestas por el régimen. En particular, desde la ficción Roig muestra la necesidad de dar voz a las mujeres que hasta aquel momento habían sido silenciadas y, por las convenciones de la época, marginadas, eligiendo no poner en escenas personajes femeninos clásicos desarrollados en una narración lineal, sino queriendo detenerse en un aspecto más corporal, un cuerpo mujeril reprimido durante cuatro décadas para volver a redescubrirse solamente durante los años setenta.

Reescritura de la tradición en clave femenina, la expresión erótica del cuerpo de la mujer, el uso de la fragmentación en los textos y el uso de la intertextualidad: estos son los ingredientes de *El temps de les cireres*, una novela importante que nos enfrenta con una protagonista, Natalia, la cual,

tomando todos los valores dejados en herencia de Natalia de *La plaza del Diamant*, encarna todas las mujeres españolas en lucha por su propio 'tiempo de cerezas', su propia identidad.

## Capítulo 3: Una revolución bajo el nombre *Natalia*

*“Hay épocas y lugares en los que no ser nadie  
es más honorable que ser alguien”*  
(Carlos Ruiz Zafón, *El prisionero del cielo*, 2011)

### 3.1 Sección Femenina y la formación de mujeres

“Mi madre muerta hacía años y sin poder aconsejarme y mi padre casado con otra. Mi padre casado con otra y yo sin madre, que solo había vivido para cuidarme. Y mi padre casado y yo jovencita y sola en la Plaza del Diamante” (Rodoreda, 2008, pág. 8)

Así Natalia describe el principio de *La Plaça del Diamant*. A través de sus palabras, el lector se enfrenta con una narración en primera persona que focaliza la atención sobre la protagonista, voz femenina de una mujer débil y con un conocimiento del mundo limitado. Ya se ha mencionado anteriormente como Natalia no es una excepción para la época; efectivamente si con la Segunda República se llevaron a cabo unas series de reformas modernizadoras y gracias a la Constitución del 1931 las mujeres pudieron obtener el sufragio femenino como también divorcio, puestos de trabajos bien asalariados y acceso a la cultura, el modelo de mujer que se estableció con la creación de la dictadura franquista vio un claro retroceso con la eliminación del concepto de 'democracia' en todos los ámbitos, de modo que la mujer pasó de tener una vida política a ser sujeto pasivo. En efecto, lo que el régimen impuso fue “un modelo de sociedad



orgánica con una política de género regulada por una legislación civil que negaba a las mujeres cualquier tipo de autonomía individual y las convertía en el eje de la moralidad social” (Ortiz Heras, 2006, pág. 2) relegándolas a un papel de subordinación dentro de las paredes domésticas. Porque, según la cultura nacionalcatolicista dominante, el espacio asignado a la esfera femenina se reducía a la familia, en condición de madre y esposa de absoluta inferioridad y sumisión al hombre con su única función la de parir hijos sanos para la patria. Así que el gobierno español pudo contar con la ayuda de instituciones como la Iglesia y mecanismos funcionales como la Sección Femenina para intentar formar a las mujeres desde la juventud, en las escuelas, imponiendo reglas de conducta muy estrictas que de inmediato les hicieron entender cuál fuera su posición en el mundo patriarcal.

El organismo que en España se asumió el control de la organización y formación de las mujeres fue la Sección Femenina de Falange, creada por Pilar Primo de Rivera en el 1934. Después de la Guerra Civil, la SF contaba con un gran número de afiliadas (seiscientas mil) y, aunque nunca llegó a desempeñar un papel activo en la política, tenía las funciones características de todo partido único; un partido que no representaba ningún peligro para el régimen porque no solamente el dictador se sirvió de esta

institución para “otorgarse un halo de populismo” (Morales Villena, 2010, pág. 283) sino “la clave del buen resultado de la Sección Femenina de Falange hay que buscarla en su antifeminismo, que le hacía grata a los ojos de Franco, y en la borrosa personalidad de su creadora, siempre dispuesta a someterse a una jerarquía superior” (Martín Gaité, 1996, pág. 57). Pilar Primo de Rivera, que fue profundamente afectada por las ideas abiertamente contrarias a la emancipación de la mujer de su hermano José Antonio, pues mostrando siempre un aspecto de “ama de casa ahorrativa y prudente” (Martín Gaité, 1996, pág. 56) era el ejemplo máximo de mujer nacionalcatolicista y a Franco eso le quedaba muy bien.

Pero, ¿cómo formaba la Sección Femenina a las mujeres desde la juventud? Ante todo en las escuelas chicos y chicas nunca compartían los bancos de una misma clase por miedo de que desembocaran “en la lujuria, en lo que llamaban pecados de la carne” (Tusquets, 2007, pág. 37), por lo tanto lo prudente era mantenerlos separados y juntarlos solamente en presencia de adultos. En segundo lugar, mientras los chicos atendían a todos los cursos normales de bachillerato, las asignaturas impartidas a las chicas era las de *Enseñanzas del hogar*: clases de puericultura “donde nos explicaban cómo alimentar el bebé, cambiarles los pañales, conseguir que durmiera” (Tusquets, 2007, pág. 57); clases teóricas de cocina; clases de

“manejo de la casa -ventilarla, decorar el cuarto de los niños, disponer los armarios-” (Tusquets, 2007, pág. 57); clases de actitud hacia el marido “al que había que contentar a toda costa [...], porque lo nuestro era reinar desde las sombras, que se hiciera lo que queríamos aparentando hacer lo que quería él” (Tusquets, 2007, pág. 57); clases de floricultura; clases de canto y baile; religión; clases de artes donde se hojeaba revistas y se cortaban objetos útiles para una futura casa; Corte y confección; gimnasia ya que “la hacen más apta para su misión maternal” (Martín Gaité, 1996, pág. 60); etc. En realidad las denominadas *Enseñanzas del hogar* no respondía a ningún objetivo determinado, ni tampoco preparaba a las mujeres a enfrentarse con una efectiva realidad sino construirles un mundo abstracto de ilusión porque “nos enseñaban, en resumidas cuenta, a *representar*. No a *ser*.” (Martín Gaité, 1996, pág. 64).

### **3.2 El noviazgo**

Todas las mujeres desde chicas venían educadas por las instituciones religiosas y la Sección Femenina a irse “encariñando con la ilusión del marido abstracto, padre del bebé no menos abstracto que dormiría cubierto por aquella sabanita” (Martín Gaité, 1996, pág. 64) preparadas durante las clases de *Enseñanzas del hogar*. Como también para las mujeres solteras

desde los 17 hasta los 35 años eran controladas gracias a la obligación de tomar parte al Servicio Social, requisito imprescindible para obtener un cualquier tipo de trabajo en entidades oficiales bajo la intervención del Estado (hospitales, escuelas, orfanatos o bibliotecas). Por lo tanto, si una mujer desde la tierna edad estaba preparada a sobrevivir en un mundo construido y ficticio, del hombre real ¿qué sabía efectivamente una jovencita? Muy poco.

“Casi sin darme cuenta contesté que no sabía y me volví para mirar. Me topé con una cara que de tan cerca como la tenía no vi bien cómo era, pero era la cara de un muchacho. Es igual, me dijo, yo sé mucho y te enseñaré.

[...]

-¿Y si mi novio se entera?

El muchacho se puso todavía más cerca y dijo riendo, ¿tan jovencita y ya tiene novio?”

(Rodoreda, 2008, pág. 8)

Si volvemos a nuestra Natalia, la primera escena en la que Rodoreda nos presenta la protagonista es cuando la joven, acompañada por su amiga Julieta, se va a una fiesta de la noche de San Juan en la Plaza del Diamante. En estas primeras páginas ya aparece el protagonista masculino, Quimet, un desconocido encontrado durante un baile que muy pronto se convierte en su marido, y de inmediato el lector empieza a entender ya los rasgos de la relación que se creará entre ellos, una relación sin duda de submisión:

“Porque le dije a aquel muchacho que mi novio hacía de cocinero en el Colón y se rió y me dijo que le compadecía mucho porque dentro de un año yo sería su reina. Y que bailaríamos el ramo en la Plaza del Diamante.

Mi reina dijo.

Y dijo que me había dicho que dentro de un año sería su señora [...]”

(Rodoreda, 2008, pág. 10)

Desde estos recuerdos de la protagonista, se puede notar ya la “misión de la mujer, basada en su condición satelitaria, [...] en su papel de comparsa, que debía llevar a cabo desde la primera edad” (Martín Gaité, 1996, pág. 176) respecto a la de un hombre, Quimet. Me parece que la palabra *comparsa* utilizada por Martín Gaité en este fragmento describe muy bien la figura inicial de Natalia y hay que tenerla en mente: una *comparsa* y no todavía una protagonista, que no solamente está sola en un mundo estrictamente masculino, sino pierde incluso el control de su identidad:

“Gira gira gira, Colometa. Me le miré muy incomodada y le dije que me llamaba Natalia y cuando le dije que me llamaba Natalia se volvió a reír y dijo que sólo podía tener un nombre: Colometa.”

(Rodoreda, 2008, pág. 10)

es rebautizada en otra persona, en otro nombre, en *Colometa*<sup>7</sup>, una paloma dócil que de ahora en adelante se somete al control de su hombre. De hecho, desde el primer momento en que conoce a Natalia en el baile, se encargará de ir anulándole poco a poco su personalidad. “Más que una

---

<sup>7</sup> *Colometa* termino en catalán que significa *palomita*.

batalla de los sexos [...] se podría interpretar como un condicionamiento de género por el que Natalia ha de pasar para alcanzar su madurez final. De esta manera, se establece una narrativa circular en dónde la heroína vuelve al inicio al final de la novela y que se cumple de hecho en *La plaza del Diamante*, al volver Natalia a la plaza al final de la novela y gritar” (C. Fages, 2008, s.p). Este volver a los orígenes es su propia verdadera liberación.

El segundo capítulo de *La Plaça del Diamant* Natalia/Colometa y Quimet empiezan su relación de novios y nadie, como se ha subrayado antes, explicaba a las mujeres qué significaría este momento definido 'noviazgo', tanto que las primeras palabras de Natalia/Colometa con las que el lector se enfrenta al empiezo de este capítulo son “fue muy misterioso” entendiendo así el sentimiento incomprensible y de incertidumbre de nuestra protagonista; pero sí se le aconsejaba que “la perfección de la novia debe consistir en una mezcla de ceguera, [de sordera] y de fatal conformidad frente a las vicisitudes de aquella prueba” (Martín Gaité, 1996, pág. 163). Es más, como menciona Martín Gaité en *Usos amorosos de la postguerra española* si hubiera una culpa por parte del hombre, ésta se tendía a minimizar insistiendo en la máxima paciencia, conformidad y la sonrisa:

“Quimet me había dicho que nos encontraríamos a las tres y media y no llegó hasta las cuatro y media; pero no le dije nada porque pensé que a lo mejor lo había entendido mal y que la que se había equivocado era yo y como él no dijo ni media palabra de excusa...”

(Rodoreda, 2008, pág. 14)

Una conformidad que en Natalia/Colometa se convierte en su manera de silenciarse porque ella no tiene el derecho de tener voz: “Pero no le dije nada...”, “No me atreví a decirle...”, “Le quería explicarle que había reñido con el Pere” (págs. 14-15); y por otro lado, cuando finalmente expresa algo directamente a Quimet, éste no le contesta como si fuera invisible:

“Llevaba un vestido del mismo color que el mío y yo se lo dije a Quimet. No me contestó.”

(Rodoreda, 2008, pág. 17)

Y en el capítulo 3 se subraya aún más la condición y el destino de una mujer común, la de ser “vista” pero no “escuchada” por los hombres:

“Quimet le preguntó si sabía de alguna moto de segunda mano, porque un tío de Cintet tenía un garaje y Cintet trabajaba en el garaje de su tío y Cintet le dijo que ya lo miraría. Charlaban como si yo no estuviese allí. Mi madre no me había hablado nunca de los hombres. [...] Vivía como deben vivir los gatos: de acá para allá, con la cola baja, con la cola alta, ahora es la hora de tener hambre, ahora es la hora de tener sueño. [...] En casa vivíamos sin palabras y las cosas que yo llevaba por dentro por dentro me daban miedo porque no sabía si eran mías...”

(Rodoreda, 2008, págs. 22-23)

Además, el paralelismo de la figura del gato como símbolo de la identidad femenina pone énfasis otra vez en la incapacidad e inseguridad de

comunicar con los demás. Es esa inseguridad de sumisión la que “destruye su interioridad y, por ello, no tiene más remedio que elegir el silencio frente a la vida misma” (Chung-Ying, pág.5). El ardor de encontrar el novio imaginario encontrado entre las líneas de algunas novelas rosas, desapareció cuando más que atraer, éste imponía y era muy grave equivocarse:

“Y mirando al mirlo fue cuando el Quimet empezó a hablar del señor Gaudí [...] pobre señor Gaudí, tan buena persona, mira que muerte tan miserable...Y que en el mundo no había nada como el Parque Güell y como la Sagrada Familia y la Pedrera. Yo le dije, demasiadas ondas y demasiados picos. Me dio un golpe en la rodilla con el canto de la mano que me hizo levantar la pierna de sorpresa y me dijo que si quería ser su mujer tenía que empezar por encontrar bien todo lo que él encontraba bien, Me soltó un gran sermón sobre el hombre y la mujer y los derechos del uno y los derechos de la otra y cuando pude cortarle le pregunté:

-¿Y si una cosa no me gusta de ninguna manera?

- Te tendrá que gustar, porque tú no entiendes.”

(Rodoreda, 2008, págs. 15-16)

porque en aquella época regía la idea que los hombres y las mujeres fueran por naturaleza dos seres distintos, no había manera de que se entendiesen “porque Dios lo había querido así” (Martín Gaité, 1996, pág. 165) y, como por supuesto la mujer por su falta del “talento creador, reservado por Dios para inteligencias varoniles” (Martín Gaité, 1996, pág. 68) era considerada el individuo inferior con respecto al hombre, el cual a través del



matrimonio la adquiere como una propiedad, si no puede expresar su pensamientos y le han quitado incluso su personalidad Natalia/Colometa confiesa:

“pero lo que a mí me pasaba es que no sabía muy bien para qué estaba en el mundo.”  
(Rodoreda, 2008, pág.36)

### 3.3 Matrimonio y maternidad

La referencia más importante que constituye el substrato ideológico del modelo ideal de mujer bajo el régimen franquista es un modelo donde los hombre se asociaban a la esfera *productiva*, mientras las mujeres a la esfera *reproductiva* convirtiéndose en perfectas amas de casa. El modelo de mujer 'ama de casa' defendido por el Estado “no es más que la expresión histórica concreta del modelo cristiano-católico de género recogido en el mito de origen del Génesis” (Roca i Girona, pág. 83) y el episodio del pecado original narrado, “más que sancionar la debilidad femenina frente a la tentación plantea la inconveniencia del acceso al conocimiento por parte de las mujeres” (Roca i Girona, pág. 84), es el fundamento del programa de género del cristianismo:

“A la mujer dijo: «Multiplicaré los trabajos de tu preñeces; parirás con dolor los hijos y buscará con ardor a tu marido, que te dominará». A Adán le dijo: «[...] por ti será maldita la tierra; con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu

vida.» (Gn, 3: 16-20)”  
(Roca i Girona, pág. 84)

Efectivamente el capítulo 6 de *La Plaça del Diamant* ve a Quimet y a Natalia/Colometa preparar su boda y no es casualidad que el padre que casó a la pareja durante la boda haya elegido

“un sermón muy bonito: habló de Adán y Eva, de la manzana y de la serpiente, y dijo que la mujer estaba hecha de una costilla del hombre y que Adán se le encontró dormida a su lado [...]. Eva cuando se despertó, lo primero que hizo fue coger una flor azul y soplarla y las hojas volaron un rato y Adán la regañó porque había hecho daño a una flor. Porque Adán, que era el padre de todos los hombres, sólo quería el bien.”  
(Rodoreda, 2008, pág. 39)

que subraya una vez más la supremacía de los hombre sobre las mujeres. Se nota, entonces, que la ideología del catolicismo influyó sin duda alguna en la formación de la sociedad española. La reconstrucción de los nuevos ideales en los que se basa el régimen franquista, va a conocer su actividad más intensa sobre todo durante la primera etapa (1939-1953), la cual, como se ha subrayado en el capítulo uno, se caracterizó por haber sido un periodo de fuerte opresiones y políticas de cerrazón. En este contexto, pues -en el que intentaba rechazar y enterrar el pasado reciente, exaltando los hitos histórico que hicieron grande España ante todo celebrando sus artífices como, por ejemplo, los reyes Católicos y Felipe II- constantemente

“se apelará a la existencia de una atmósfera dominada por el peligro y el pecado [...] con la intención de fomentaren ellos el autocontrol y los sentimientos de culpabilidad. [...] Nos hallamos ante un discurso que se ordena formalmente de *manera binaria* [...] de que sólo exagerando la diferencia en términos de oposiciones de este tipo puede crearse la apariencia de un orden.”  
(Roca i Girona, pág. 85)

Por lo tanto, se intenta construir esta nueva sociedad franquista a través un contraste entre lo que es malo, pecado, y lo que es bueno, virtud; de modo que también en la creación de 'la mujer muy mujer' española se utiliza este paralelismo: un modelo negativo, lo de la mujer *vamp*, la mujer frívola que “trasluce libinosidad, deseo y pasión, sin ocultar el deseo de seducir y someter a los hombres” (Roca i Girona, pág. 86); por otro lado, por supuesto, el modelo positivo de mujer hispánica, una mujer influenciada por las figuras históricas de Isabel la Católica, Santa Teresa de Jesús, Eva etc. Una joven púdica y servicial cuyo cuerpo “se transforma en algo etéreo y luminoso exento de cualquier resonancia sexual que no sea la estrictamente reproductora” (Roca i Girona, pág. 86). De modo que, si la formación de los jóvenes se basaba en mencionar cosas que habían pasado en tiempos lejanos y no a través experiencias vivas, gran parte de las jóvenes llegaban confundidas y asustadas delante de su misión natural, como se puede observar en este fragmento:

“Siempre había tenido miedo de que llegase aquel momento. Me había dicho que se llega a él por un camino

de flores y que se sale por un camino de lágrimas. [...] Porque de pequeña había oído decir que te partían. Y yo siempre había tenido mucho miedo de morir partida. Las mujeres, decían, mueren partidas...El trabajo ya empieza cuando se casan. Y si no se han partido bien, la comadrona las acaba de partir con un cuchillo y con un cristal de botella y ya se quedan así para siempre, o abiertas o cosidas, y por eso las casadas se casan antes cuando tienen que estar un rato de pie. Y los señores que lo saben, cuando el tranvía va demasiado lleno y hay algunas que tienen que estar de pie, se levantan para que se sienten, y los que no lo saben se quedan sentados.”  
(Rodoreda, 2008, pág. 52)

Y estas palabras de Natalia/Colometa, además de subrayar la destrucción de la sexualidad femenina, reflejan una realidad en la que no existe el interés por desarrollar una educación mujeril, que se hallaba en un retraso importante.

Si Natalia/Colometa al final del capítulo precedente se preguntaba qué rol tenía en el mundo, pues, este: el franquismo había adoptado la trilogía “niños, hogar e iglesia” (Ortiz Heras, 2006, pág.3) y la mujer resultaba solamente como máquina para parir hijos sano para la patria y “depositaria de la socialización de los hijos en los valores del régimen” (Ortiz Heras, 2006, pág.4)

“Y siempre igual, Colometa, Colometa...Y su madre, ¿No hay novedad? Y el día que dije que el plato demasiado lleno me daba como repugnancia y si quería hacer el favor de vaciármelo un poco, la madre de Quimet dijo, ¡ya era hora!”  
(Rodoreda, 2008, pág. 47)

y sigue adelante:

“El día que nos casamos, cuando llegamos al piso, el Quimet me hizo ir a buscar provisiones, echó la barra de la puerta e hizo durar la noche de boda una semana.”  
(Rodoreda, 2008, pág. 52)

De hecho, en el matrimonio se reprimiría cualquier mención a la libertad sexual del cuerpo femenino, manteniendo una política natalista y eliminando el divorcio porque, según la idea franquista, el padre junto la madre constituían un bloque indestructible; de la misma manera los hijos habían que mirar a Franco y al Papa “encadenados uno a otro, apoyándose mutuamente en aquella cruzada del espíritu” (Martín Gaité, 1996, pág. 21) y el divorcio no estaba previsto. Por eso, el régimen de Franco estableció alrededor de treinta medidas jurídicas para estimular la natalidad y alejar a las mujeres del trabajo para encerrarlas en el mundo doméstico. Se trata en gran parte de disposiciones financieras coercitivas: con el Fuero del Trabajo (1938) pasa a ser obligatorio el subsidio familiar “con el fin de no apartar a las mujeres de las clases desfavorecidas de su misión suprema e insustituible, la de preparar a sus hijos, alma y base de la nación, en su doble aspecto espiritual y material” (Nielfa Cristóbal, 2003, pág. 89) que luego, con los decretos de 1941, contemplaron préstamos a los recién casados y premios a las familias numerosas.

Ya se ha señalado como durante el régimen franquista la mujer era considerada un ser inferior tanto desde el punto de vista espiritual como

intelectual, por lo tanto, con el fin de confinarla entre las cuatro paredes domésticas, el único lugar pensado correcto para la esfera femenina, la propaganda franquista “siempre se dirigió a la mujer por un lado como un ser superior en cierta medida al hombre por sus virtudes físicas (la maternidad) y por sus atributos morales (dulzura y protección) frente a un hombre siempre más hosco y guerrero.” (Ortiz Heras, 2006, pág.4). Además, a través de discursos específicos en los que manifestó la importancia del cuidado de los niños y la gran influencia en núcleo familiar a la hora de transmitir una educación, “se trataba de anular las posibilidades de cambio de unas mujeres en creciente dinamismo que habían iniciado a comienzos de siglo un replanteamiento de las relaciones personales y de su presencia en la sociedad o en la política.” (Ortiz Heras, 2006, pág.4). Por lo tanto, los pilares fundamentales de la mujer casadas eran, como se ha descrito, hijos y marido a los que tenía que entregarse totalmente:

“Dormía mal y todo me estorbaba. [...] Cuando me levantaba tenía los huesos molidos. Y el Quimet empezó, con una gran furia, a quejarse de la pierna. [...] Y cuando le había preparado una cucharadita de miel con flor de azufre, dijo que la miel le haría daño en las muelas y todo el día se lo pasó hablando de aquel sueño de muelas que había tenido [...] Y que las muelas le dolían.”  
(Rodoreda, 2008, pág. 62-63)

Y otra vez con el embarazo de Rita:

“Y el niño había aprendido a hacer el cojo porque oía al Quimet quejarse de la pierna. Había estado una temporada sin hablar de ello, pero cuando tuve a la Rita empezamos otra vez, esta noche me quemaba, ¿No me has oído quejarme?”

(Rodoreda, 2008, pág. 85)

Tanto en estos dos fragmentos indicados como en otros muchos, Rodoreda ofrece un retrato muy negativo de Quimet que simboliza la autoridad patriarcal: él quiere una mujer sumisa y que se sacrifica y dedica completamente al marido; ya a partir del momento en que Quimet le cambia el nombre a Natalia, empieza el proceso de transformación de ésta en la construcción de su esposa y madre ideal con las mismas características defendida por la Sección Femenina y la Iglesia:

“Me dijo que si quería ser su mujer tenía que empezar por encontrar bien todo lo que él encontraba bien. [...] Y otra vez las madres de los Reyes Católicos y que a lo mejor nos podríamos casar pronto porque ya tenía amigos buscándole piso. Y que me haría unos muebles que en cuanto los viera me caería de espaldas porque él era ebanista como San José y que yo era como si fuese la Virgen”

(Rodoreda, 2008, pág. 16)

Pero para Natalia/Colometa la maternidad es simplemente una imposición más que le ha tocado. Con toda naturalidad y sin rodeos, manifiesta que para ella no tiene gran significado ni la necesita para realizarse como mujer, como afirma en el capítulo 10: “se ve que yo hacía reír, con un vientre que no era el mío.” (Rodoreda, 2008, pág. 60). Es decir, tras las

palabras de Natalia, se nota de cómo esta experiencia no corresponde a un deseo íntimo, sino a exigencias externas: la maternidad “debe de ser una consecuencia directa del casamiento; de tal forma que, cuando el tiempo de espera se prolonga, las miradas y las sospechas recaen sobre las capacidades biológicas de la mujer” (Buendía-Gómez, 2006, pág. 145)

“Y la madre del Quimet, en cuanto me veía, ¿qué, no hay novedad? Y Quimet, con los brazos caídos [...] se encogía de hombros y no decía nada. Pero yo le oía una voz que tenía escondida dentro y la voz escondida decía, la culpa no es mía. Y su madre me miraba y [...] me tocaba los brazos, pues no está delgada...  
-Es engañadora- decía Quimet a las dos.”  
(Rodoreda, 2008, pág. 46)

Este episodio es un ejemplo relevante del contraste que existe entre la obligación patriarcal de trazar como único destino natural para una mujer lo de parir hijos, y lo que efectivamente las mujeres desean y sienten. “Natalia carga ese dilema dentro de ella, siente la responsabilidad y la culpa de que, en sus entrañas no se opere lo que, el supuesto destino, le confía a cada mujer” (Buendía-Gómez, 2006, pág. 145) y esta opresión que lleva dentro, sale en forma de grito durante el momento del parto

“El primer grito me ensordeció. Nunca hubiera creído que mi voz pudiera ser tan alta y durar tanto. Y que todo aquel sufrir se me saliese en gritos por la boca y en criatura por abajo.”  
(Rodoreda, 2008, pág. 65)

un grito de manifestación de un dolor, de ahogo existencial y de un primer



rechazo a las estructuras patriarcales cuando, con su fuerza escondida, rompe una columna de la cama hecha por Quimet. Y la expresión presente en la última línea del fragmento que le sale junto al chillido, demuestra “el dolor de la protagonista al sentirse dividida, partida y escindida como ser humano. Es la forma cómo Natalia expresa el divorcio entre el ser sujeto-mujer y ser madre” (Buendía-Gómez, 2006, pág. 145). Hay que tener en cuenta, pues, que en la obra solamente en dos ocasiones se observa a la protagonista gritar: un primero momento que se acaba de señalar y al final de la obra cuando por fin Natalia recupera su vida en un grito de victoria y libertad. Por lo tanto, este episodio es la indicación de una primera muestra de intento por parte de Natalia/Colometa de liberarse de todos los convencionalismo y lazos de la época que la tenía atrapada.

### **3.4 Tiempos difíciles para una madre soltera**

En *La Plaça del Diamant* llega la Guerra Civil y Quimet está llamado para luchar al frente con los republicanos. Aunque en la narración no se cuente en detalle el desarrollo del conflicto, el proceso de la guerra se percibe a través del humor de desánimo de los protagonistas:

“Jóvenes y viejos, todo el mundo a la guerra, y la guerra les chupaba y les daba a la muerte. Muchas lágrimas, mucho mal por dentro y por fuera.”  
(Rodoreda, 2008, pág. 174)

Hasta que un día un miliciano se presenta a la puerta de Natalia/Colometa para informarla de la muerte de su marido y “me dio todo lo que quedaba del Quimet: el reloj” (Rodoreda, 2008, pág.169). Según la historiadora Buendía-Gómez, el reloj tiene una simbología importante en el proceso de evolución de la protagonista porque tradicionalmente el hecho de entregar este objeto a la muerte del padre a su hijo simboliza la transmisión de la herencia e historia familiar. Por lo tanto, el destino natural es que pasase en las manos de Antoni pero, por la escasez de comida y por la ingente pobreza en la que se encuentra Natalia/Colometa con su hijos, la obliga a vender el reloj

“Sin trabajo, sin nada que hacer, acabé de venderme todo lo que tenía: mi cama de soltera, el colchón de la cama de las columnas, el reloj del Quimet que quería darle al niño cuando fuese mayor.” (Rodoreda, 2008, pág. 175)

así que “el reloj no sigue su camino y la tradición de Quimet por vía masculina se corta: el hijo no lo recibirá” (Buendía-Gómez, 2006, pág. 106), ya que lo que recibirá Antoni es la influencia y educación de otro hombre, el segundo marido de Natalia, Antoni, el cual se asume la responsabilidad de ayudarles y acompañarles por el resto de su vida. Pero este objeto tiene una simbología aún más importante porque devuelve a Natalia su libertad: “a partir de ese momento ella es la dueña de todo su tiempo, ella será la que determine su pasos y sus caminos, sin el control ni

el reproche de la sombra de Quimet” (Buendía-Gómez, 2006, pág. 106). Sin embargo los desastres de la guerra llega a todos, incluso a Natalia/Colometa que tiene que reaccionar frente a un momento de gran dificultad como lo de pasar hambre y pobreza.

Aunque en menor medida que los hombres, también las mujeres sufrían los efectos negros del conflictos, sobre todo en circunstancias particulares que podían ser terribles como hallarse solas con niños pequeños, porque, la pérdida del *pater familias* dejaba la unidad familiar en una situación de precariedad económica “que se sumaba al dolor, la incertidumbre y la vulnerabilidad vividas en un entorno social indiferente u hostil” (Castro, 2016, s.p)

“Le hablé a los niños y le dije que cada día tenían menos que comer y que no sabía lo que hacer y que si me cambiaban al Quimet de frente, [...] no podría traerme las pocas provisiones que nos traía y que nos ayudaban mucho”

(Rodoreda, 2008, pág. 165)

Solía pasar incluso que personas ya condenadas o que lucharon junto al Frente Popular, eran multados por el Tribunal de Responsabilidades Políticas (TRP) con grandes peticiones de pago que, por falta de liquidez vigente, era muy difícil de cumplir. Por eso, si el compañero estaba en la cárcel o muerto, este castigo económico pesaba más en familia donde la mujer debía “hacer frente sin apenas recursos a la continuidad de la

subsistencia de los suyos” (Castro, 2016, s.p). Hay que tener en cuenta, además, que debido a la Guerra Civil, España quedó aislada por las otras naciones, así que los bienes de primera necesidad empezaron a escasear y esto conllevó a la subida de los precios y, por la fijación de éstos, a la creación de un mercado negro. Hasta los años cincuenta, con el racionamiento no había ni gasolina ni carbón, hubo restricciones de pan<sup>8</sup>, agua y luz; Las mujeres, especialmente las casadas, se vieron obligadas a afrontar esta nueva situación derivada por la carestía de los productos “soportando bajas temperaturas en la madrugada para guardar largas colas que, a menudo, suponían seis o más horas de espera que se veía compensada con un poco de fruta o apenas 100 gramos de carne o pescado para quince días.” (Soto Marco, pág. 51). La 'España del hambre' duró trece años y durante ese período, las madres o compañeras desempeñaron un papel fundamental para el mantenimiento de la familia, intentando alimentar con lo que habían de comestible y cosiendo ropa para todos los miembros del núcleo familiar<sup>9</sup>.

Las viudas tenían que enfrentar la vida cotidiana y buscar una solución para sacar adelante a la familia:

---

8 “Las cartillas de racionamiento establecían una ración de 150 gramos de pan por persona. Los militares, guardias y curas tenían derecho a 350 gramos.” (Soto Marco, pág. 51)

9 “Cuando una prenda se retiraba por vieja, de las partes más sanas se confeccionaban prendas para los más pequeños. Las prendas cuando se encontraban raídas, se les daban la vuelta y se confeccionaban nuevamente.” (Soto Marco, pág. 52)

“Y cuando ya no me quedaba nada, aparte de aquellas monedas que me parecían sagradas, agarré la vergüenza por el cuello y me fui a casa de mis antiguos señores”  
(Rodoreda, 2008, pág. 175)

pero

“Cuando le dije que el Quimet había muerto en la guerra, el señor dijo que lo sentía mucho pero que él no le había mandado ir. Y dijo que yo era roja, y dijo, ¿comprende usted?, una persona como usted más bien nos compromete, nosotros no tenemos ninguna culpa, y la señora me acompañó”  
(Rodoreda, 2008, pág. 178)

Natalia/Colometa es la mujer de un republicano y como tal se ve obligada a sufrir el resultado de la opción política del marido, un aislamiento<sup>10</sup> en la sociedad, ya que la moral del nuevo régimen nacional-católico ordenó que se aumentase el control social y la censura donde se movían las mujeres republicanas; por lo tanto, la penuria económica y la dureza discriminatoria de la dictadura les obliga a seguir adelante por otros medios. Primero, la España del posguerra puso en marcha estrictas formas de represiones para controlar la sociedad, especialmente los vencidos, los cuales sufrieron más que nadie las consecuencias de la miseria y del racionamiento. En esta situación de insuficiencia de fondos “el gobierno estipuló algunas ayudas

---

10 A la precariedad económica se sumaban otras formas de violencias, prácticas como el rapado, las agresiones sexuales, procesiones burlescas y asesinatos delante de los familiares. Además, en toda España se llegó haber 43 cárceles para mujeres durante los años del posguerra; las que ingresaban sufrían torturas, en cambio, las que tenían hijos pequeños o embarazadas eran matadas y las criaturas vendidas a familias franquistas produciendo un verdadero tráfico de menores porque, Franco con el siquiatra militar Villa-Nájera, pensaban que la inferioridad de la raza roja se tenía que corregir en edad temprana así que los niños pudieran expiar activamente las culpas de los padres. En efecto, la Asociación Nacional de los Afectados por Adopciones Irregulares estima que los niños robados desde el 1940 hasta el 1945 fueron alrededor de 300.000 y garantiza también que el contrabando siguió adelante hasta la muerte del dictador en 1975.

económicas para los 'huérfanos de la Cruzada' (hijos de caídos en combate en las filas 'nacionales' o asesinados en la retaguardia republicana)” (Castro, 2016, s.p) pero ninguna para los hijos pertenecidos a familias rojas. Así que gran parte de las madres viudas sin sustentos dejaban, temporal o definitivamente, los hijos en centros de beneficencia como pasa también a nuestra protagonista. En tiempo de guerra como de paz, sobre Natalia/Colometa recae la responsabilidad de cuidar y alimentar a sus hijos, tarea que se hace doloroso cuando el hambre impera

“Me dijo (Julieta) que ella podría meterme al niño en una colonia, que la niña no me lo aconsejaba porque era niña, pero que al niño hasta le sentaría bien tratar con otros niños y que eso le prepararía mucho para la vida. [...] Tenía en casa dos bocas abiertas y no tenía nada con que llenarlas. No se puede contar lo tristemente que lo pasábamos: nos metíamos temprano en la cama para no acordarnos de que no teníamos cena. Los domingos no nos levantábamos para no tener hambre.”  
(Rodoreda, 2008, pág. 165)

se ve obligada, entonces, a internar a Antoni en una colonia “porque por lo menos comería” (Rodoreda, 2008, pág. 167) y para tener una boca menos que alimentar, ya que “si quedaba en casa nos moriríamos todos” (Rodoreda, 2008, pág. 168). En ella, se van acumulando todos los pesos que cargan las mujeres del posguerra: un sufrimiento físico y moral porque en sus manos “queda, en última instancia, la responsabilidad sobre la vida y la muerte de los más frágiles y vulnerables” (Buendía-Gómez, 2006, pág.

102). En segundo lugar, Natalia/Colometa sola y sin fuerzas, en un momento de debilidad piensa que sería más fácil encontrar remedio en el suicidio y acabar con el hambre, la derrota de la guerra, los caprichos de Quimet y sus lazos y todas la represiones que había vivido hasta aquel día:

“Y una noche, con la Rita a un lado, y Antoni al otro, con la varillas de las costillas que les agujeraban la piel y con todo el cuerpo lleno del dibujo de las venas azules, pensé que lo mataría. No sabía cómo. A puñaladas no podía ser. [...] Me dormía con la cabeza que se me partía y con los pies como de hielo. Y vinieron unas manos. [...] y las manos cogían a los niños todos hechos de cáscara y con yema dentro, y los levantaban hasta muy alto y los empezaban a sacudir: Al principio sin prisa y en seguida con rabia, como si toda la rabia de las palomas y de la guerra y de haber perdido se hubiese metido en aquellas manos. [...] Tenía que buscar el embuto. [...] Lo cogí no sé porqué, lo limpié y lo guardé dentro del armario. Solo tenía que comprar el aguafuerte. Cuando durmieran, primero a uno y después a otro, les metería el embudo en la boca y les echaría el aguafuerte dentro y después me lo echaría yo y así acabaríamos y todo el mundo estaría contento, que no habíamos hecho mal a nadie y nadie nos quería.”

(Rodoreda, 2008, págs. 180-181)

La protagonista ya ha tomado su decisión, pero algo la atormenta puesto que ella se encuentra dividida en la figura de madre que por una lado quiere proteger a sus hijos, y por otro quiere terminar el suplicio por el bien de sus criaturas:

“Quería gritar y la voz no me salía. Quería gritar que viniesen los vecinos, que viniese la policía, que viniese alguien a llevarse aquellas manos y cuando ya tenía el grito a punto de salir, lo pensaba y dejaba el grito dentro porque la policía me habría cogido a mí porque el Quimet había muerto en la guerra.” (Rodoreda, 2008, pág. 180)

en su interior desea gritar y pedir ayuda para que alguien le quite las manos que cometerían el crimen, pero “sofoca el grito, antes de que salga; la policía no castigaría sus manos, las manos que quieren acabar con sus hijos, sino que se la llevaría a ella porque su marido había muerto en la guerra” (Buendía-Gómez, 2006, pág. 118). Aquí Natalia/Colometa expresa la injusticia de la ley española que no reconoce a las mujeres los mismo derechos de los hombres, tiene miedo de “ser tratada como menor de edad, y que no se le considere sujeto pleno de sus actos; pero sí tener que pagar y asumir las responsabilidad por las acciones de su marido” (Buendía-Gómez, 2006, pág. 118) y sabe bien que con la muerte, estarían acabadas todas las obligaciones sufridas por el régimen.

Mas es justo en este momento de conflicto que hay un cambio. La Natalia/Colometa sumisa y pasiva que aparece en la primera parte de la novela se convierte en una mujer madura:

“Tuve que hacerme de corcho para poder seguir adelante, porque si en vez de ser de corcho con el corazón de nieve, hubiese sido como antes, de carne que cuando la pellizcas te hace daño, no hubiera podido pasar por un puente tan alto y tan largo.” (Rodoreda, 2008, pág. 171)

y con la muerte de Quimet muere también la última paloma del palomar tan odiado por la protagonista. Ahora Natalia/Colometa si que puede volar, su batalla estaba vencida pero no con la muerte, con su fuerza de voluntad



porque “llevaba un cansancio tan grande dentro que no lo puedo ni explicar, y había que vivir.” (Rodoreda, 2008, pág. 200).

### **3.5 Matar a la Colometa**

“Me costó levantar la cabeza, pero poco a poco volví a la vida después de haber estado en el hueco de la muerte.”  
(Rodoreda, 2008, pág. 199)

A Natalia, después de haber pasado hambre y miseria, la vida le ofrece una segunda oportunidad, haciéndole conocer al hombre que le ofreció un trabajo como doméstica, así salvando la vida de sus hijos y la suya. En esta figura varonil, se puede observar como Rodoreda quiso contrastar las dos figuras masculinas en relación con la vida de Natalia, porque, si con Quimet la protagonista ha conocido el significado de 'sumisión' y 'pasividad', gracias a Antoni comprende que significan 'respeto' y 'cariño'.

Antoni es un hombre que ha luchado en guerra, pero que este combate le ha marcado en manera permanente a causa de una mutilación y, por la incapacidad de tener hijos, se dedica completamente a la familia de Natalia. En aquella época la mutilación que comprometía la capacidad reproductora, afectaba la virilidad de un hombre y en guerra, aunque ambos sufrieron una derrota, hay diferencia entre un hombre vencido y uno privado de virilidad: el primero, perdió con sus atributos masculinos como

fuerza y honra; el otro con una mutilación, sinónimo de 'feminización', y por lo tanto con atributos estrictamente femeninos como ternura, delicadeza y sensibilidad. Pero la figura de Antoni “no se rige por esos criterios, con la pérdida de la virilidad no deja de ser un hombre; la guerra no le arrebató su sensibilidad.[...] Su capacidad de establecer relaciones de respeto, compañerismo y reciprocidad contribuye a que Natalia salga del infierno al que su primer marido y la guerra la habían condenado.” (Buendía-Gómez, 2006, pág. 120), de este modo, logra romper la rigidez de la jerarquía social entre el papel de hombre y mujer. Natalia con Antoni ahora puede crear una unión que se fundamente en el amor y en el diálogo, en vez del dominio y la sumisión:

“Antoni me dijo que no quería verme limpiando ni cinco minutos más, que buscara una interina para las mañanas y para las tardes y que si quería criada, pues criada. Que no se había casado para hacerme lavar la ropa sino que se había casado para tener familia, como me había dicho, y que quería ver a su familia contenta.”  
(Rodoreda, 2008, pág. 213)

Natalia hasta este momento ha experimentado muchas cosas que le han hecho madurar: el baile, el conocimiento y matrimonio con Quimet, la maternidad, la sobrevivencia a la guerra y, por fin, la salvación y segundo casamiento con Antoni. Es entonces, tras sufrimientos y obligaciones, que siente la necesidad de liberarse definitivamente de las sombras del pasado: de ser una paloma -colometa- encerrada en una jaula, como las tantas

palomas reclusas en el palomar construido por voluntad de Quimet y acabadas con la última tórtola muerta durante la guerra, volvió a ser una *colometa* libre:

“Y no sabía si estaba dormida o si estaba despierta, pero veía a las palomas. Como antes las veía. Todo era lo mismo: el palomar pintado de azul oscuro, los ponederos rebosantes de esparto, el terrado con los alambres que se iban enmoheciendo porque no podía tender la ropa en ellos, la trampa, las palomas en procesión desde la galería al balcón de la calle después de atravesar todo el piso a pasitos...todo era lo mismo, pero todo era bonito. Eran unas palomas que no ensuciaban, que no espulgaban, que sólo volaban por el aire arriba como ángeles de Dios.”  
(Rodoreda, 2008, pág. 222)

ahora todo se va transformando, una mirada que lleva a Natalia “a actuar sobre su pasado; pasado que organiza, reinventa y transforma, y de esta manera, toma control de su vida y de su historia” (Buendía-Gómez, 2006, pág. 166) y este acto de reelaboración le permite dar un sentido nuevo al pasado reconciliándose con éste. Es más, como se ha señalado, durante toda su vida Natalia no tenía derecho de hablar y por eso su personaje en la primera parte de la novela estaba caracterizado por largos silencios; mientras ahora que puede convertir en palabras el tormento que llevaba dentro “se lo conté a una señora que se sentó a mi lado en un banco del parque” y “se ve que aquella señora se lo contó a otra. Y ésta a otra más.” (Rodoreda, 2008, págs. 222-223) como si quisiera convertirse en testimonio activo de una condición compartida por muchas mujeres como

ella. Porque, como afirma Buendía-Gómez en *De mujeres, palomas y guerra: gritos y silencio en La Plaza del Diamante de Mercè Rodoreda*, la apropiación del discurso por parte de las mujeres, no significa más dar voz a experiencias ajenas, sino tomar conciencia de sí mismas como sujetos hablantes superando la barrera del silencio que hasta entonces les había puesto fuera de la historia.

El 1 de abril del 1939 acabó la guerra civil, llevando consigo la posibilidad de emancipación que lograron las mujeres durante la II República, y trayendo los años más oscuro para el feminismo. Se ha ya señalado como en la primera etapa franquista (años 40-50), vio un momento de fuerte represión marcado por una falta de visibilidad de las mujeres, consideradas como elemento complementario a los hombres. De hecho, entre el 1939 y 1940, las detenidas políticas en toda España fueron al menos unas 30.000<sup>11</sup> y a partir del 1942-1945 muchas cárceles<sup>12</sup> de Segovia, Madrid, Córdoba, Málaga empezaron a llenarse de mujeres que no eran más casos de guerra, sino miembros de la resistencia como madres o hermanas de rojos. Por eso, era muy peligroso y muy difícil formas de asociacionismo para una lucha directa; pero, aunque el régimen llevó en forma extrema la separación entre el público y privado, excluyendo a las

---

11 Moreno Sardá, 1988, pág. 91

12 Se tiene que añadir experiencias de exilio, torturas y condenas a muerte como indicado en el capítulo precedente.

mujeres de la ciudadanía, hay algunas formas de resistencia femenina que constituyeron la raíz de organizaciones feministas posteriores<sup>13</sup>. En la década de los 40-50, un número considerable de mujeres tenía un marido, un hijo o un hermano en la cárcel y las prisiones llenas de antifranquistas requería que las mujeres iniciara una actividad del tipo solidario-asistencial. De hecho, para la mujer del detenido “empezó una nueva forma de vivir, pensar, de actuar: ser *mujer de preso*” (Moreno Sardá, 1988, pág. 92) y ellas, impulsadas por el sentimiento de sentirse de ayuda, empezaron a crear unos grupos *pro-presos* que surgieron al final de los años cuarenta “para asistir a los detenidos políticos y sus familias, para recoger firmas, presentar peticiones, sensibilizar la opinión pública sobre el inhumano trato carcelario o sobre las protestas de los prisioneros” (Moreno Sardá, 1988, pág. 92). Efectivamente, incluso durante los primeros años más violentos del franquismo, no todas las agrupaciones de mujeres que habían existido durante la Segunda República y que habían luchado durante la guerra, desaparecieron, sino permanecieron activas en penumbra. Un ejemplo significativo es la actividad del grupo anarquista Mujeres Libres (MMLL) que nació en 1936 con el objetivo de “emancipar a las mujeres sometidas por la sociedad patriarcal y al mismo tiempo luchar por la desaparición de

---

13 Recordamos que el término *feminismo* fue desconocido hasta los años 60.

la explotación capitalista” (Vega, 2010, pág. 367). Mas la pérdida de la guerra y la entrada de las tropas franquista en pueblos y ciudades conllevó la disminución de la militancia e hizo que gran parte de mujeres priorizaran la estabilidad familiar. Sin embargo, incluso desde su hogar, las que continuaron militando en la edad adulta, lo hicieron con una gran esfuerzo para asegurar la domesticidad; es decir, la mayoría de las protagonistas de MMLL vivieron una vida tradicional bajo el modelo patriarcal siguiendo en la esfera privada las normas de conductas franquista, pero desde su casa promovían reuniones y preparaban las acciones llevando en ellas también a sus hijos “aceptando la ayuda de otras mujeres más mayores –madres o suegras– que se hacían cargo de la organización de la casa en su ausencia” (Vega, 2010, pág. 369). Por amor de su compañero o familiar, considerando que ellas arriesgaban menos y si era descubiertas las consecuencias no serían tan graves, ellas protegían a su compañero para que pudiera continuar con su militancia y, si él hubiera sido prisionero o matado, ellas habrían podido ocupar su lugar. Hay que tener en cuenta que muchas veces se trataban de empresas difíciles, como “asegurando un punto de apoyo decisivo cuando una acción debía realizarse, [...] realizar la vigilancia o acompañamiento necesario y hasta inspeccionar el lugar de acción con anterioridad para tener una información detallada sobre la situación y

movimientos del objetivo” (Vega, 2010, pág. 370). En un momento de fuerte represión, con un paso equivocado podían arriesgar en cualquier momento su vida, no obstante, manifestaron más decididas en sus acciones gracias al motor que suponía el amor al marido, hermano o amigo los cuales habían dado la vida o la ponían en peligro por las mismas ideas.

Por otra parte, hay casos de protagonistas directas de la resistencia política a la dictadura militar. Por ejemplo, en 1949 las presas de la Prisión Central de Mujeres en Segovia declararon la *huelga del hambre* para que las autoridades de la cárcel extendiera a todas ellas un castigo que había impuesto sólo a una compañera y, si bien fueron castigadas severamente, con este acto tan peligroso para su propia salud -ya dañada de por sí por los malos tratos, las torturas, la falta de higiene, la alimentación escasísima y las condiciones del penal- lograron defender su dignidad e identidad como presas políticas. Defender una identidad que hasta entonces había sido ahogada y que Rodoreda plasma en papel con el último capítulo de su obra.

Natalia se ha apropiado de sus palabras pero, para reconquistar su existencia, tiene que recorrer y poner fin a su vida pasada antes de dar su último grito de liberación y de victoria. Así que, después de la boda de Rita, por la madrugada

“entré a la cocina a beber agua, por beberla. Abrí el cajón de la mesita de madera blanca con hule de cuadritos encima y saqué el cuchillo de pelar patatas que tenía la punta fina. El corte del cuchillo tenía dientes como una sierra... señora Natalia.”

(Rodoreda, 2008, pág. 245)

Con estas palabras, no solamente empieza a subrayar un cambio importante por lo que concierne la importancia de su nombre: *señora Natalia* y no más Natalia, sino manifiesta también el deseo de nacer de nuevo y de ser una nueva mujer: su acción comienza justo cuando amanece y desea beber agua, elemento que tradicionalmente está asociado a actos de purificación. Además, como explica Buendía-Gómez en su ensayo, el cuchillo de cocina está asociado a la esfera femenina, que lo utiliza para preparar los alimentos para la familia; mientras la calle a la esfera masculina, y “el gesto de recoger el cuchillo y salir a la calle de madrugada es la forma que Natalia adopta para revisar y contradecir la división sexual de objetos, funciones y lugares” (2006, pág. 171). Natalia toma el instrumento para defenderse y a matar a la vieja sí misma porque

“me toqué la cara y era mi cara con mi piel y con mi nariz y con la forma de mi mejilla, pero aunque era yo veía las cosas nubladas, pero no muertas.”

(Rodoreda, 2008, pág. 248)

y se marchó caminando de baldosa en baldosa recordando de haber pisado aquel lugar con Quimet la noche que se conocieron en la Plaza del Diamante y, esta vez, sin miedo, consiguió cruzar la calle mayor:



“Y me puse a andar por mi vida antigua hasta que llegué enfrente de la pared de casa, debajo el mirador... La puerta estaba cerrada. Miré hacia arriba y vi al Quimet que, en medio de un campo, cerca del mar, cuando yo estaba embarazada del Antoni, me daba una florecita azul y después se reía de mí.”  
(Rodoreda, 2008, pág. 249)

La protagonista llega delante de la casa donde había estado casada con Quimet y “había salido por ella para casarme con Antoni y con los niños detrás” (Rodoreda, 2008, pág. 249) y encuentra una puerta que está *cerrada*: con el uso de aquel adjetivo, Rodoreda nos hace entender que su círculo vital está completado y no volverá a permitir que ningún hombre administre su vida. Y procede con el acto final:

“Y me volví a girar de cara a la puerta y con la punta del cuchillo y con letras de periódico escribí Colometa, bien hondo, [...] y me metí en la Plaza del Diamante: una caja vacía hecha de casas y el cielo por tapadera.”  
(Rodoreda 2008, pág. 250)

se trata de uno de los gestos más importantes en toda la novela porque es el punto final de una vida: con la palabra grabada en la puerta de la casa donde ha conocido lazos, guerra y sufrimientos es como si hubiera construido una lápida para su vieja personalidad y acabar definitivamente con un nombre que le ha puesto un hombre contra su voluntad. Así, Natalia no es más una *comparsa*, sino la mujer que toma las riendas de su destino y comienza un nuevo inicio que empieza con la liberación de todas las angustias y de todo el cansancio que nuestra protagonista seguía

llevándolos dentro de sí misma por muchos años:

“Y con los brazos delante de la cara para salvarme de no sabía qué, di un grito de infierno. Un grito que debía hacer muchos años que llevaba dentro y con aquel grito, tan ancho que le costó mucho pasar por la garganta, me salió de la boca una pizca de cosa de nada, [...] y aquella pizca de cosa de nada que había vivido tanto tiempo encerrada dentro, era mi juventud que se escapaba...”  
(Rodoreda, 2008, pág. 250)

Con este episodio Natalia lleva a cabo el proceso a través el cual logra liberarse del peso que, por ser mujer, la vida le había impuesto y lo hace rompiendo los estrictos esquemas de la tradición occidental que divide espacios, tareas, objetos en género.

En conclusión, el final de la novela está ambientado en los años 50 cuando en España se ve una sutil apertura al extranjero gracias a las ayudas norteamericanas y a la entrada en 1955 del País en el ONU poniendo fin a el aislamiento de las décadas pasadas. Y, aunque las condiciones internas todavía permanecían bajo muchos aspectos iguales, sin embargo en la década de 1950 se sucedieron huelgas y protestas en las que participaron un elevado numero de mujeres<sup>14</sup> por un descontento general de la dictadura (como por ejemplo la huelga de los tranvías en 1951 en Barcelona<sup>15</sup>). Estos

---

14 La huelga textil catalana y la huelga en el sector de la naranja de Carcaixent, en 1952.

15 “El boicot a los tranvías de febrero-marzo de 1951 se convirtió en un acontecimiento colectivo de primera magnitud en el que participaron miles de personas que tenían en común su hartazgo de una situación insoportable y que fueron adquiriendo progresivamente conciencia de las consecuencias políticas de su acción. El boicot a los tranvías fue seguido, el 12 de marzo, de una huelga obrera, que fue apoyada por unos 300.000 trabajadores, y que representó un nuevo desafío a las autoridades franquistas. Los sucesos de primavera de 1951 pueden ser considerados como el estallido de una población que arrastraba de muy lejos su frustración por las condiciones en que se habían visto obligados a subsistir”

pequeños cambios se pueden reflejar en Natalia: ella sale de los espacios privados para alcanzar los espacios públicos, “el espacio público le ayuda a organizar sus ideas y a comprender todo lo que ha vivido, allí encuentra las fuerzas necesarias para retomar su vida y reconquistar su independencia” (Buendía-Gómez, 2006, pág. 175); recupera la palabra hablando de los sufrimientos de dependencia de las mujeres; trasgrede las normas sociales, ya que utiliza un instrumento masculino -cuchillo- y sale de madrugada sola; y mata a su Colometa. A pesar de padecer humillación, hambre, guerra y abandono, Natalia no se rinde y saca su fuerza para continuar luchando, porque ahora ella es la dueña de sí misma.

Con la Plaza del Diamante Rodoreda nos enseña mucho sobre la vida de las mujeres, pero sobre todo una fórmula muy importante para las mujeres de la siguiente generación: “de cómo no se debe vivir y de cómo se debe luchar” (Buendía-Gómez, 2006, pág. 176).

### **3.6 Romper el silencio en un contraste generacional**

Si la Natalia de Mercè Rodoreda nos hizo ver algunos aspectos de la realidad femenina de los primeros años del posguerra hasta el final de la primera década del franquismo, ahora la atención pasa a la otra Natalia, la

---

(Aparicio Izquierdo, 2014, pág. 40).

de Montserrat Roig, que a través su experiencia vital nos sirve para analizar los hitos más importantes de la emancipación social de las mujeres en la última etapa del régimen. *El temps de les cireres* nos pone delante un abanico de personajes -sobre todo mujeres- que son objeto de crisis personales según los tiempos y los asuntos políticos vayan cambiando.

Como hemos ya señalado en el segundo capítulo, según Montserrat Roig las mujeres fueron doblemente marginadas porque no sólo por la política franquista fueron excluidas de la sociedad, sino que también “cuando los catalanes escribieron su propia historia, siguieron el patrón historiográfico tradicional (tradicionalmente masculino) y dejaron afuera a las mujeres” (Morán Cañas, 2007, pág. 6). Por lo tanto, lo que se propuso hacer es permitir que en sus obras se recupere estas voces perdidas y silenciadas por el franquismo. Natalia, tras doce años de exilio voluntario en Francia e Inglaterra vuelve a Barcelona sin aviso, es en la que recae la responsabilidad de recuperar la memoria.

La protagonista decide irse de Barcelona el mismo año en que detuvieron a Julian Griamau en 1962<sup>16</sup> y vuelve a Barcelona, después de doce años de exilio en Inglaterra, justo dos días después de la ejecución de

---

16 Julian Grimau fue uno de los dirigentes de PCE (Partido Comunista de España) acusado ante el tribunal militar por los crímenes cometidos durante la Guerra Civil española (torturas, saqueo y asesinatos) el 20 de abril de 1963.

Salvador Puig Antich<sup>17</sup>. Ni siquiera tenía 25 años cuando huye del País, ya que experiencias negativas le han llevado enfrentarse con una España podrida, de miseria y de terror. Montserrat Roig nos presenta un personaje femenino que lucha en contra la imagen de la mujer tradicional impuesta por el Estado, y todas los acontecimientos que ha vivido le sirven para desarrollar una distinta manera de pensar y de tomar un papel activo en la Historia de las silenciadas.

La primera experiencia que conviene señalar es el encuentro con Emilio, un chico comunista, un *chino*, de familia burguesa que muy pronto hace descubrir a Natalia el mundo popular frente al mundo burgués en la que ella estaba acostumbrada. Al principio “cuando Emilio dijo «soy comunista» Natalia pensó que a lo mejor había ido demasiado lejos” (Roig, 1980, pág. 195) ya que tanto su tía como su padre consideraban los rojos unos asesinos y equivocados con todo, pero este peligro es una manera por parte de Natalia de rebelarse a las estrictas reglas de su padre el cual “es un cobarde [...] sólo se preocupa de ganar dinero. Le da miedo la política. Y desde que mamá está impedida se ha vuelto un déspota” (Roig, 1980, pág. 105-106). Como explica Esther Tusquets en *Habíamos ganado la guerra*,

“Era un fenómeno generalizado: para desesperación de sus padres, los hijos de las familias burguesas se hacían de izquierdas en la universidad. [...] A finales de los años

---

17 Salvador Puig Antich fue condenado a muerte el 2 de marzo de 1974.

cincuenta, los hijos de la burguesía catalana ya no se apuntaban en Falange, y los padres [...] se habían borrado hacia mucho.” (2007, pág. 131)

un cansancio que se puede notar en el contraste generacional entre los valores defendidos por Joan Miralpeix y las ganas de cambio de los jóvenes españoles:

“Natalia anunció a su padre que iba a Calella, a casa de Blanca, ¡ni un maldito domingo te quedas a cuidar a mamá! Eres una egoísta, gritó Joan Miralpeix. Y Silvia y Lluís, ¿vienen a cuidarla? Ellos están casados, y tienen a Màrius, Vaya, tendré que casarme para poder salir los domingos...”

(Roig, 1980, pág. 106)

Natalia, quiere hacer ruido frente a la falta de comunicación de su padre y decide acompañar a Emilio en una manifestación organizada por la facultad de economía para demostrar solidaridad a los mineros de Asturias<sup>18</sup>:

“Es peligroso, le había dicho él, el ambiente está muy tenso, ayer comenzaron a detener estudiantes. [...] Natalia se levantó por la mañana [...] y decidió que iría a la manifestación de Económicas. Emilio notó un aire de orgullo en Natalia, insólito viniendo de ella. En primer lugar, dijo él, tú no eres universitaria...Oye, que tengo veinticuatro años. Además, ¿es que a mí no me afecta eso de Asturias?, repitió Natalia. Después, tú nunca has hecho política. Alguna vez tengo que empezar, ¿No?”

(Roig, 1980, pág. 110)

Fue la primera vez que Natalia vio delante de ella un verdadero ejército de

---

18 Después de la huelga de los tranvías de 1951 en Barcelona, la huelga de los mineros de Asturias fue una huelga histórica que marcó un antes y un después de la dictadura franquista. En 1962 siete mineros fueron despedidos del pozo de San Nicolás en Mieres (Asturia) tras reivindicar unas mejoras laborales y salariales. Esta fue la chispa que encendió una huelga que duró entre abril y junio en las Cuencas Mineras asturianas y que luego se amplió en otras 27 provincias españolas. El régimen respondió reprimiendo “silenciosamente” a las familias mineras que participaron a la manifestación y muchos mineros fueron exiliados fuera de Asturias.

policía y describe en manera fotográfica las tensiones de aquel momento en la plaza de la facultad donde había en principio un “silencio extraño, sólo interrumpido por los gritos” (Roig, 1980, pág. 111), insultos y el estribillo *Asturias, patria querida...* cantado por los estudiantes; pero muy pronto se convirtió en un campo de batalla:

“por un momento perdió la mano de Emilio, le buscó entre los chillidos y los porrazos, la volvió a encontrar, una mano sudada que la empujó hacia el vestíbulo, lejos de los grises, corre, corre, gritaba Emilio, pero ella no podía correr, pues la tiraban de uno y otro lado, como las olas del mar, torbellinos de gente desesperada le hacían dar vueltas, y sólo veía greñas a su alrededor, rostros desencajados, ojos de terror, manos que se agarraban a donde podían, cuerpos que salían disparados y que volvían, entre chillidos, blasfemias y los lloros de las chicas.”  
(Roig, 1980, pág. 112)

La policía sacudía con violencia a los estudiantes y les detenía, pero Natalia, Emilio, su amigo Joan y una joven encontraron refugio en una iglesia hasta que se empezó de nuevo, esta vez con más fuerza. Como pasó a Natalia/Colometa de *La Plaça del Diamant*, Roig describe en manera sublime el segundo tentativo de rebelión mostrando cómo Natalia canaliza su rabia en un grito de liberación hecho por miles de voces juntas:

“El canto ascendía mientras que los estudiantes marchaban Rambla abajo. La gente les miraba, inquieta y admirada a la vez. Alguien inició con un aplauso. Y el canto cada vez era más alto, más seguro, Asturias, patria querida, cantaban todos y también Natalia, Asturias, patria querida, la Rambla se llenó con su canto alegre. Natalia gritó como no lo había hecho nunca, [...] Asturias ya no era sólo

Asturias, por eso gritaba tanto, como si se quitara de encima todos los silencios de su casa, gritaba para borrarlo todo, sin vergüenza, y ahora ya no eran cantos de los estudiantes, ni siquiera gritos, eran bramidos. [...] Natalia gritaba contra su pasado, contra las iras de su padre, contra lo que ella había sido.”  
(Roig. 1980, pág. 114-115)

Efectivamente, el panorama de la universidad española después de la Guerra Civil fue desolador porque el poder en el campo educativo se lo disputaban dos facciones de los vencedores: los falangista y la derecha católica. Hasta la mitad de los años cincuenta, el régimen no hizo más que reforzar el control incluso dentro de la educación gracias a la elección de catedráticos dependientes de la Iglesia Católica. En este clima empobrecido y mediocre de las universidades, la retórica empleada por SEU<sup>19</sup> y Falange contrastaba demasiado con la nueva realidad que se estaba desarrollando en el país entre los jóvenes y, a pesar del fuerte control dictatorial, surgió en 1956 una primera protesta estudiantil en la Universidad de Madrid que vio una fuerte oposición contra el SEU -hasta entonces única fórmula de representación de los estudiantes y elección de los profesores- y contra la falta de libertad a la hora de elegir los representantes estudiantiles. Así que se produjeron varios enfrentamientos violentos entre estudiantes y activistas de derecha que hasta “habían tratado de entrar en el campus, sin

---

19 SEU (Sindicato Español Universitario) fue una organización sindical estudiantil de carácter fascista que nació antes de la guerra e impulsada por José Antonio Primo de Rivera para far frente a la FEU (Federación Escolar Universitaria) de izquierda, e introducir la propaganda de Falange en las universidades



ser estudiantes, vestidos con el uniforme falangista” (López Jara, 2014, pág. 113). Esta primera posible rebelión contra el poder, fue inesperada porque era verdad que los estudiantes eran hijos de los vencedores, pero no tenía en cuenta que constituían una nueva generación universitaria sin haber experimentado directamente el trauma de la guerra y para la cual el franquismo no era ya el salvador de la patria sino “como una pesada rémora que obstaculiza, incluso, su propia formación académica y que actúa contra ellos mediante la represión.” (Gómez Oliver, 2008, pág. 96). De ahí que en la segunda mitad de los años cincuenta comenzaran a crearse un gran número de grupos antifranquistas (la Juventudes Socialistas en 1958, el Frente de Liberación Popular, etc.) y la influencia del SEU se redujo significativamente hasta su disolución en 1965. De aquí en adelante,

“la cotidianidad dentro de los campus comienza a ser muy distinta [...]. El expresar libremente el descontento con el régimen, el exigir la llegada de la democracia, el expresarse en la propia lengua materna (catalán, gallego, vasco) y pedir su respeto, el pedir la liberalización de la sociedad, etc. fueron libertades y privilegios exclusivos de los estudiantes hasta bien entrada de la década de los sesenta. En otra palabra, desde fines de los cincuenta los campus universitarios comienzan a ser territorios libres de la opresión franquista, en comparación con lo que pasaba fuera de las universidades.” (López Jara, 2014, pág. 114)

Para intentar controlar el poder del estado amenazado por los nuevos aires juveniles, era cotidianidad también arrestos de estudiantes con la presencia de policía secreta encargada de reprimir cada actividad sospecha. Todo esto

no era, como cree Emilio, un “juego divertido” porque el gobierno franquista no era muy complaciente, sino:

“No te rías, zorra, más que zorra, el policía golpeaba con furia las partes de la chica delgada. Natalia notó que se le humedecían las bragas y que un líquido caliente fluía por la entrepierna, «me estoy haciendo pipí». Los otros no se movieron, [...][ la chica gemía en el suelo. Vinieron más policías vestidos de paisanos [...] y les hicieron ir por delante después de haberse quedado con todo los carnets. La chica, con los ojos abiertos de par en par, andaba poco a poco mientras las lágrimas le corrían por la cara y se sujetaba con la mano el bajo vientre. Emilio tenía la cara blanca como el cielo húmedo y joan apretaba los labios con la mirada vacía.”

(Roig, 1980, pág. 115-116)

utilizaba incluso sanciones privadas, detenciones preventivas, torturas en la comisaría, presiones familiares e interrogatorios brutales. Además, en 1963 se creó el Tribunal de Orden Público para “juzgar los casos considerados como políticos” (López Jara, 2014, pág. 114) que impartía duras penas a los jóvenes presos.

No obstante, las huelgas estudiantiles no sólo fueron relevantes para haber producido unas fracturas dentro del rígido sistema español, sino que se debe tener en cuenta otra circunstancia importante, o sea, la presencia activa de la mujer en el movimiento estudiantil. El primer paso fue la posibilidad de frecuentar en las universidades, una gran conquista, y de ahí se abrieron su camino. Los grupos de agitación que luchaban por su libertad y sus derechos incluyeron también la esfera femenina -ya que ella

“debía librar alguna batalla más que los varones en la consecución de sus derechos” (Carrillo-Linares, 2013, pág. 33)- en las manifestaciones dando visibilidad en esta manera la presencia de la mujer. Aunque en el 1962 “la tasa de población femenina activa era solamente del 13,5%” (Laorden, Giménez, 1978, pág. 79) y la demanda de género en el movimiento estudiantil era escasa, ellas eran consideradas exactamente igual que los hombres: colaboraron en revistas, participaban en asambleas, distribuían propaganda y se adjuntaban a las acciones colectivas. En las nuevas generaciones, solía pasar también que, como por Emilio y Natalia, las parejas militaran en el mismo grupo porque, hacer parte de un partido, no significaba solamente hacer política, sino ver, explicar, percibir la vida de la misma manera. Además, se tenía más ocasiones que antes para socializar y hablar de política entre los amigos o compañeros, ya que en el núcleo familiar rara vez se debatía sobre temas políticos como se nota en la complicada relación de Natalia con su padre, Joan Miralpeix.

Desarrollada en una España de cambios sociales, la novela de Roig revela las formas de resistencia masculina y femenina que actúan para prevenir unas reales transformaciones, por esa razón, esta resistencia crea una tensión entre personajes divergentes. De hecho, con la puesta en escena de Joan y su difícil relación con su hija, Montserrat Roig quiso tratar el

tema contraste generacional entre quienes vivieron la guerra civil en sus pieles, los padres, y quienes nacieron bajo dictadura, los artífices de los cambios sociales. Natalia sabe poco o nada sobre él, lo considera su padre un cobarde, preocupado sólo por el dinero y que

“había tenido un pasado rojo que ella intuía por palabras y conversaciones sueltas. Pero de aquello no quedaba nada: sólo algunos libros catalanes de antes de la guerra que guardaba en la biblioteca.”  
(Roig. 1980, pág. 128)

Y cuando Natalia -tras experimentar su primera manifestación política contra la injusticia del régimen y el consiguiente encarcelamiento- regresa a casa y ve que su padre no muestra interés en preguntar sobre la situación política actual de los mineros de Asturias ni de la huelga universitaria, hay una discusión encendida por una constante falta de comunicación:

“Necesito cuartos, dijo Natalia. [...] ¡La detiene la policía, continuaba el padre de Natalia, pasa la noche en comisaría, no me da ninguna explicación y encima tiene la cara de pedirme dinero! ¿Es que tú me has preguntado lo que me ha pasado? ¿Acaso me fuiste a buscar a la comisaría? [...] ¡Miren la puritana!, ¡abandona a su madre en manos de una enfermera, sale todas las noches que quiere y ahora me viene con lecciones de moral! Claret te ha hecho un favor muy grande; si no, a estas horas estarías en la cárcel, tú no conoces a esa gente... [...] Sí que los conozco, dijo Natalia, ayer les conocí. Tú no has querido saber lo que me pasó en comisaría ni lo que vi en la universidad. ¿En la universidad?, preguntó el padre de Natalia, ¿Y qué hacías tú en la universidad? ¿No te das cuenta de que eso no es asunto tuyo? [...] ¿Y por qué no ha de ser asunto mío, es que no te has enterado que hay huelga en Asturias? [...] ¡Pero esa huelga acabará, y aquí no ha pasado nada! Si hubiese vivido lo que yo... ¡No empieces, papá! Estoy harta de tus experiencias.”

(Roig, 1980, pág. 129-130)

Como explica la periodista Lidia Falcón O'Neill en su artículo *El pacto de silencio de los vencido* en el periódico *Público*, durante muchos años la mayoría de los hombres y mujeres que vivieron la guerra ocultaron a sus hijos o nietos los sufrimientos que habían padecido. Es que en España, tras la victoria de los nacionalistas, indica Falcón “solo se oían los gritos de los vencedores que se imponían como un único ruido sobre el pantano de silencio en que se habían hundido los vencidos”, por lo tanto, gran parte de las familias de los perdedores se cerraron en un largo silencio lleno de secretos y censura:

“«No le quise decir nada, me recordaba demasiadas cosas». Él en seguida supuso la verdad, «es por política [que habían encerrado a Natalia]». Pero él [Joan] no volvería a todo eso, lo tenía bien enterrado en el fondo de su mente.”

(Roig, 1980, pág. 145)

La victoria del bando nacionalista supuso un exilio de los intelectuales, un exterminio de los republicanos, el fin de las libertades femeninas; organizó torturas, detenciones de activistas que luchaban por la libertad y democracia; impuso una censura estricta en todos los ámbitos culturales y prohibió el hablar, escribir y publicar en cualquiera otra lengua que no fuese castellano:

“Todo comenzó a trastocarse cuando, prisionero en el campo de concentración de Betanzos, tenía que escribir

[cartas a Judit] en una lengua que no era la suya. Había que dejar bien atrás los aires que les habían traído tantas desgracias. Había que alterar el pensamiento, había que comenzar a hablar de otra manera, a vestirse como ellos querían, encerrarse en casa, dormir, sumergirse en un largo y profundo sueño, no salir a la calle pues la calle era de ellos, [...] había que saludar como ellos decían, ir a la iglesia. [...] Había que ir a comulgar y no reír abiertamente -ni tampoco llorar-, quemar los libros que no les gustaban, había que suponer que tu lengua no valía para nada... [...] Joan Miralpeix había regresado muy cansado de aquella guerra tan sucia.”  
(Roig, 1980, págs. 146-147)

y, no menos importante, es que el régimen con el decreto de 26 de abril 1940 por el Ministerio Fiscal creó la Causa General Instruida con el objetivo de fijar y castigar todas las manifestaciones “más destacadas de la actividad criminal de las fuerzas subversivas que en 1936 atentaron abiertamente contra la existencia y los valores esenciales de la Patria, salvada en último extremo, y providencialmente, por el Movimiento Liberador” (Ministerio de justicia, 2010, pág. 25). La persecución basada en la Causa General duró hasta la promulgación en 1969 del Decreto-Ley 10/1969 por el que determinó todos los delitos cometidos antes del 1 de abril de 1939 por lo tanto, los delitos cometidos entre el 1939 y 1969 podían seguir siendo perseguidos. En resumidas cuentas, el proceso de la Causa General fue empleado como medio de represión de los opositores y para los fines propagandísticos del régimen que, a través ese instrumento, legitimó la sublevación en contra de la II República y justificó la necesidad

de la Guerra Civil. Con este, el régimen logró crear un ambiente de terror en el país para que los supervivientes y la generación siguiente no se levantaran contra él. Así pues, “la dictadura intentó llevar a cabo lo que Primo Levi conceptualizó como *memoricidio*” (Rodrigo, 2006, s.p.) primero de las víctimas de su victoria y después a lo largo de su conservación del poder, puesto que, como no podía mostrar al exterior su cara de régimen opresor, “puso en marcha la maquinaria del silencio y la negación, cuyo fin último es el olvido” (Rodrigo, 2006, s.p.). Pero, ese silencio empezó a tener grietas, si bien sutiles, como ya se ha destacado, en la última década del franquismo cuando se empieza a tener oposiciones directas al régimen por parte de una segunda generación que, a diferencia de los padres, no habían podido sanar su 'herida de guerra' porque se estaban construyendo su propio presente en aquel entonces. Es por eso que Joan Miralpeix conoce perfectamente la situación:

“Joan miralpeix nunca se había peleado con él [Lluís]. Se temían, se observaban, se acechaban, se olfateaban como si fuesen dos perros, pero nunca discutían. Con Natalia no, con ella era distinto: ¿porque se parecía a él? ¿Porque buscaba aquello a lo que él había renunciado? Natalia tenía la mirada profunda de Judit y el genio del viejo Miralpeix.”  
(Roig, 1980, pág. 146)

pero él ha elegido cerrarse en sí mismo procurando curar sus heridas profunda con la amnesia, como las tantas mujeres que han sido relegadas al

olvido por la ideología patriarcal de régimen; ellas no existen y por eso no se recuerdan, mientras que Natalia en su joven rebeldía toma sus propias decisiones y lucha para romper ese largo silencio que no sólo existe en su casa, sino todavía en la sociedad española.

### **3.7 Cuerpo sometido, cuerpo rebelde**

La segunda experiencia vivida por Natalia es el descubrimiento del amor y el inesperado embarazo.

En los capítulos precedentes se ha ya señalado como durante el franquismo la imagen de la mujer ideal estaba construida sobre la base de una educación específica para que aprendiese a ser un perfecto ángel del hogar, dedicándose exclusivamente a la educación de los niños -futuros soldados de la patria- y a quehaceres domésticos. Roig en *Tiempo de Cerezas* efectivamente nos muestra una realidad en la que la política, cultura y sociedad están marcadas todavía por el poder masculino, así que la vida pública e íntima de una mujer está reglamentada por el orden patriarcal. Pero, poniendo en escena un abanico de personajes femeninos diferentes, la autora nos hace ver que, frente a esta única situación, hay una doble manera de reaccionar: o sujetándose al poder, como en caso del personaje de Silvia (incluso Judith y Patricia), o resistiendo y ser sujeto



activo, como Natalia (incluso Kati y Harmonía).

Las primeras protagonistas, tienen en común el hecho de ser pintadas como mujeres pobres de espíritu:

“Harmonía siempre había hecho cincuenta mil cosas distintas, y casi todas bien. Según ella, la mayoría de las mujeres son tan pobres de espíritu que nunca se han preocupado de tener vida propia. «Si la mujer está discriminada» solía reprochar, «la culpa la tiene ella»”  
(Roig, 1980, pág. 37)

melindrosas, débiles y fracasadas debido a una construcción cultural que les impone “una forma femenina de comportarse y ser en el mundo” (Morán Cañas, 2007, pág. 11). Bajo la autoridad masculina que decide las formas de ser y estar de las mujeres, Silvia Claret es la demostración perfecta del ideario de mujer establecida por el régimen: ella ha nacido para “acompañar y adornar, para ser docilizada y silenciada” (Morán Cañas, 2007, pág. 11). En efecto, desde el noviazgo se notan las dominaciones que rigen y controlan su vida, porque Lluís quiso Silvia ya que era hija de un “hombre poderoso” (Roig, 1980, pág 42) y, al revés, aunque

“Lluís apenas le hizo caso a Silvia, la miraba como a una chiquilla, y más bien le dijo dos o tres impertinencias. «Las mujeres sois muy melindrosas, no servís para nada»”  
(Roig, 1980, pág. 43)

ella se enamoró de él porque era tan hombre como su padre, con la única diferencia que Lluís desempeñaba su papel de 'esposo perfecto' sometiendo

a su mujer a su voluntad:

“Si te casas conmigo, le dijo Lluís, tendrás que dejar el baile: lo dejó, y eso que Magrinyà le había dicho que pronto sería solista del cuerpo de baile del Liceo. [...] Bailar había sido media vida para ella hasta que conoció a Lluís; su padre tenía razón cuando le decía, no dejes la danza, ratita. Y la había dejado.”  
(Roig, 1980, pág. 44)

y sin pestañear Silvia dejó su pasión por el baile, pues a cambio se había convertido en *la mujer de*, utilizando el apellido del marido para aparentar y eso le gustaba porque se veía como una mujer mayor, pero

“Solamente cuando subía en ascensor y se miraba al espejo casi iniciaba un paso de danza [...] y se decía «Nena eres tonta».”  
(Roig, 1980, pág. 45)

De hecho, el discurso franquista acerca de la mujer como ángel del hogar queda perfectamente a Silvia: transcurre su vida entre los quehaceres domésticos, el gimnasio, el mercado, la peluquería, esperando y sirviendo a Lluís; o sea, ella vive para su casa para que en el hogar se haya armonía.

Además, sabe perfectamente que su marido la traiciona:

“Silvia sacó del cajón de la mesa de nogal una carpeta que hacía aguas moradas. Abrió la carpeta y le enseñó un par de hojas blancas, mon chou, je en t'oublie pas..., Lluís cree que no lo sé, pero yo se lo revuelvo todo. ¿No le has dicho nada?, preguntó Natalia. ¿Para qué? Prefiero que las cosas vayan como hasta ahora. Ahora hay paz en casa.”  
(Roig, 1980, pág. 58)

pero prefiere callar, se ve reprimida por las conductas violentas de la sociedad y del mismo Lluís. Ella es capaz de comentar sus problemas

íntimos con Natalia, pero no con su esposo porque a él le teme y le obedece. Es más, Silvia tampoco es dueña de su cuerpo dado que, como su marido no la deja trabajar y Màrius ya se ha hecho mayor, a ella le gustaría tener un segundo hijo pero este deseo se le niega por la decisión de Lluís en

“hacerlo sólo por detrás y yo me creía que eso pasaba en muchos matrimonios. Pero cuando lo vi en la película, fuera de mí sentí tanto asco... A Silvia se le humedecieron los ojos, por eso no me quedo embarazada.”  
(Roig, 1980, pág. 185)

En efecto, con respecto al cuerpo femenino, la sexualidad “se levanta como arma de poder que configura y domina la vida de la mujer, para perpetuar el yugo masculino” (Morán Cañas, 2007, pág. 17), es decir, como ya se ha señalado, la ideología franquista ha combinado la condición natural y biológica con la función social y cultural de la mujer haciendo de la maternidad una obligación sagrada. La mujer, entonces, permanece sometida a los deseos del hombre y del estado y considerada un ser asexuado, haciendo imposible la distinción entre la experiencia sexual de la reproductora. Y las aprensiones de Silvia de estar en forma o preocuparse de los problemas físicos, no es más que la demostración de cómo ella se evalúa y cómo las mujeres se sintieron desvalorizadas por la sociedad que les veía como si fueran objetos. Además, como recuerda Esther Tusquets en *Habíamos ganado la guerra*, la sociedad estaba sometida a una fuerte

censura que no permitía de desarrollar un conocimiento sobre el conocimiento del propio cuerpo:

“la feroz y cerril censura de la época [que] vetaba de modo sistemático no sólo la menor discrepancia con el sentir del gobierno o de la Iglesia, sino el más leve asomo de sexo, de sensualidad intensa y por lo tanto pecaminosa, de desorden moral” (pág. 117)

Frente a este poder que impide la libertad de la mujer, se levanta la figura de Natalia, quien opta por el aborto.

Al contrario de Silvia, Natalia en su juventud experimenta con Emilio un amor peligroso y furtivo, ya que en la España de los años 60 entre pareja todavía no se permitía una muestra de afecto en público:

“Era muy difícil hacer el amor en Barcelona. [Natalia y Emilio] algunas noches iban por algún callejón estrecho, entraban en un portalón y Emilio le levantaba la falda. Era un amor furtivo, hecho a toda prisa, mirando de reojo, el oído atento a cualquier ruido.”  
(Roig, 1980, pág. 109)

por eso, a veces, se quedaban en casas de amigos donde podían pasar del tiempo más tranquilos o incluso llegaron a hacer a escondidas un fin de semana junto a Llaveneras a casa de vacaciones de Emilio. Natalia, pues, se deja llevar por la atracción que siente por él pero no tuvo en cuenta de las consecuencias. Por miedo de que sus sospechas de un posible embarazo fueran concretas, se fue a consultar un amigo de Emilio que estudiaba medicina:

“Lo que pides es muy difícil, mucho dijo. ¿Pero no conoces ningún ginecólogo? Los que por sus ideas te lo harían, tienen miedo. En cierto modo, añadió, les doy la razón: les va en ello la carrera, ya no podrían ejercer.”  
(Roig, 1980, pág. 125)

En efecto, hasta el 1978 siguió vigente la ley de 24 de enero de 1941 con la cual se reprimió severamente el aborto llegando a asociarlo a “un crimen asimilable al infanticidio [...] que va contra de la moral cristiana y del interés nacional” (Nielfa Cristóbal, 2003, pág. 91), incluyó la penalización de las prácticas anticonceptivas y “la desaparición de cualquier establecimiento privado dedicado a cuestiones de obstetricia y ginecología” (Nielfa Cristóbal, 2003, pág. 91). De esta manera, la mujer víctima de un aborto espontáneo, así como su médico, podían sufrir molestias jurídica y juzgados mal por la sociedad. Con estas leyes, entonces, el Estado definitivamente se declara el dueño del cuerpo de las españolas, privándola se de su capacidad electiva. Es verdad que desde la década de los sesenta algunos métodos anticonceptivos circulaban por otros países, pero para la población española seguía siendo muy difícil conseguirlos, ya que tenían que ser prescritos por un médico y muy pocos arriesgaban su puesto de trabajo. Nuestra protagonista, pues, se mueve en un período histórico en que algunos anticonceptivos empezaron a entrar secretamente en el país:

“Natalia quiso saber qué métodos había, el ginecólogo contestó que el *coitus interruptus*, el *ogino*, lavarse,... el médico notó su decepción, sí ya sé que esos métodos no

sirven y yo nunca los recomiendo. Pero ya están llegando los diafragmas de América y de Inglaterra, añadió, y yo los puedo conseguir.”  
(Roig, 1980, pág. 133)

Pero:

“No lo siento mucho, dijo el ginecólogo, yo no te puedo hacer nada. Pero usted sabrá algún sistema, conocerá a alguien... Pues mira, los dos que sabía que lo hacían, ahora están en la cárcel.”( Roig, 1980, pág. 136)

A partir de los años 60 la natalidad empezó a descender vertiginosamente en España y las mujeres se arreglaban para tener menos hijos independientemente de la prohibición de los anticonceptivos y el aborto. En las grandes ciudades habían muy pocos profesionales que a precios altos practicaban abortos en clínicas u hospitales. Sin embargo, empezaron los viajes de mujeres para interrumpir su embarazo no deseado en el extranjero y los países más elegidos eran Francia, por su proximidad, Inglaterra y Holanda, con menor frecuencia Portugal. Hay que tener en cuenta que el viaje y la operación suponía un gasto significativo, por esa razón, algunas abortaban recurriendo secretamente a otras mujeres que ejercían de practicantes o curanderas. Este es el caso de Natalia, la cual no encontró otra alternativa que hacer una visita a una comadrona especializada en materia:

“*Casilda Cabrils, comadrona.* [...] Al día siguiente ya le esperaba un hombre alto y delgado. [...] Tenía una mirada inmaterial. [...] El hombre de los ojos de cuervo hacía rato que hurgaba dentro de Natalia con una especie de cuchara

honda y puesta al revés. Hurgaba y a Natalia le dolía el corazón. [...] Ya no le quedaba nada dentro el cuerpo, se había convertido en una caja vacía que resonaba. Por fin el cuervo le metió un algodón con sus garras, y otro, y otro, muchos algodones llenos de sangre fueron cayendo por el suelo. Cuando acabó, Casilda la acompañó hasta la puerta. Le dio una caja de sulfamidas. Son cuatro mil pesetas, dijo.” (Roig, 1980, págs. 138-139)

Sin embargo, abortar de escondidas en lugares con escasas condiciones higiénicas y con técnicas atrasadas conllevaba muchas veces a complicaciones (infección, fiebre) y secuelas físicas (perforación del útero, embolia e incluso muerte). Natalia también se enfermó y para pedir socorro recurre a Silvia quien, paralizada por el miedo que le causaba la urgencia de la situación, se dirige a Lluís en busca de un ayuda económica y protección.

En fin, en *Temps de les Cireres* Roig muestra dos modelos de mujeres: las que se configuran como sujetos negados o sujetos en oposición. Del primer grupo hace parte Silvia, que se encuentra siempre negando sus deseos y haciendo solamente lo que se debe hacer, lo que le enseñaron. Es una mujer demasiado débil para cambiar su situación doméstica: sabe que su marido es infiel y lo acepta; depende económicamente de Lluís; dejó su pasión por el baile para convertirse en una ama de casa; no tiene satisfacciones algunas excepto la de aparentar y conducir una vida cómoda, pero vacía, adaptándose sin decir una palabra a

lo que las convenciones sociales le imponen:

“Nos hacemos viejos, querrás decir, enmendó Natalia. Si, dijo Silvia, pero yo me haré vieja de una manera diferente que tú, me haré vieja sin darme cuenta de ello, sin haber vivido.”

(Roig, 1980, pág. 183)

En cambio, ante las restricciones y normalizaciones que controlaban el cuerpo femenino durante el franquismo, Natalia logra “construir un campo de resistencia, un espacio contestatario y rebelde, desde donde reclama sus derechos y su diferencia” (Morán Cañas, 2007, pág. 19). Ya en el capítulo anterior, se ha señalado como la mujer debe salir de la mudez para comenzar a ser, ahora tiene que apropiarse de su cuerpo, de lo que se le ha negado, porque “un cuerpo que no habla no es” (Morán Cañas, 2007, pág. 23) y la dictadura siempre necesitó de una sociedad obediente para mantener su poder. Por lo tanto, los gestos, los actos y la palabra femenina debe configurar como un nuevo espacio de resistencia, porque solamente una vez que las mujeres se den cuenta de ser sujeto activo y no pasivo, entonces existirá una posibilidad toma de conciencia de sus posibilidades y enfrentamiento al poder. Una conciencia que se ha despertado en Natalia, ya que ella no solamente quiere ser parte de una voz junta en la huelga estudiantil, sino decide ella sobre su cuerpo, o sea de abortar, cuando las normas habrían impuesto de tener el niño. De hecho, gracias al personaje



de Natalia, la autora denuncia el estancamiento de la sociedad española en la que la sexualidad debe trascender de la reproducción transformándola en una forma de placer y liberando el cuerpo femenino de la domesticación masculina.

Por tanto, al final de esta segunda experiencia, Natalia, ante la mudez de su madre Judith (símbolo del ejemplo materno) y la cobardía de su padre Joan (símbolo de las leyes patriarcales), opta por huir de Barcelona en 1962 buscando alejarse de todo el miedo y de la hipocresía que rigen el país:

“Natalia acabó confesándole a Arcadi que se había ido porque tenía miedo [...] Emilio Sandoval le había enseñado cómo rascar con la uña toda la porquería de su país y le dio miedo continuar rascando...”  
(Roig, 1980, pág. 100-101)

Ella, dueña de su persona, quiere ver el mundo de otra perspectiva sin ser influenciada por lo que la sociedad patriarcal le ha forzado a aprender, así que decide empezar de nuevo en Inglaterra para construir de la nada su propia figura femenina, su rol y su sexualidad.

### **3.8 La vuelta del cambio**

Durante los años 60 España vivió unos cambios importantes. En efecto, gracias al crecimiento económico, el nivel de vida aumentó y esto hizo posible que los españoles se dejaran atrás la miseria del posguerra para acceder a bienes materiales como el coche, electrodomésticos y la televisión. Como ya se ha señalado (véase 1.2) la televisión permitió la difusión de un modelo de vida extranjero que era muy diferente de lo tradicional que se propagó sobre todo en el grupo de edad más joven de la sociedad española. Por lo tanto, esta posible apertura de la población a los modos de vida de los europeos creó una sociedad cada vez más próxima a una modernización, incluso en el rol de la mujer.

En toda la primera parte de este breve estudio, se ha mencionado cómo durante el franquismo la figura de las mujeres impuesta por el régimen era la de 'perfecta ama de casa'. Por otra parte, desde el punto de vista jurídico, estaban subordinadas primero al padre y, después del matrimonio, al marido; así que el espacio a ella correspondido era el privado -el hogar- mientras a los varones pertenecía la esfera pública. Pero, gracias a la incorporación progresiva en el ámbito laboral, el papel de la mujer en la sociedad evolucionó haciéndola más autónoma frente a la custodia de sus padres o su marido. De hecho, con la aprobación de la Ley

de 22 julio 1961 *sobre los derechos políticos, profesionales y de trabajo de la mujer*, se ve un avance importante en la situación laboral de la mujer ya que “reconocía a las mujeres el derecho de realizar funciones administrativas y políticas, de acceder a todos los niveles de enseñanza” (Otaola González, 2012, pág. 6). La Ley, pues, abrió las puertas a profesiones que antes estaban prohibidas y anuló el despido forzoso por matrimonio:

“A partir de entonces, cuando las trabajadoras contraían nupcias, podían generalmente elegir entre continuar en su puesto, acogerse a una excedencia temporal de uno a cinco años para dedicarse al cuidado de su familia, o a una permanente, tras percibir una indemnización.” (Ortiz Heras, 2006, pág. 8)

Pero, como explica Ortiz Heras en *Mujer y dictadura franquista*, dicho decreto sirvió a los políticos franquistas para hacer que España se presentara en un contexto internacional como un país, aunque estuviera gobernado por un dictador, en el que la situación de las mujeres era avanzada como la de los países europeos. Por tanto, se debe subrayar que, aunque era un gran paso hacia la equivalencia jurídica entre hombres y mujeres, dicha ley hacía referencia sólo a las mujeres soltera y que las esposas necesitaban todavía el permiso del marido (o las chicas de su padre) para acciones legales (hacer el pasaporte, no podía elegir una

profesión por sí misma<sup>20</sup>, firmar contratos...) ni podían disponer de sus propios bienes sin permiso del esposo, así que el régimen aún tenía un control muy fuerte de la esfera femenina.

Otro factor que ayudó la visibilidad femenina, fue el acceso de las mujeres en el campo de la educación: la presencia femenina pasó de un 20,1% en 1960 hasta constituir en 1966-1967 “el 40% de los alumnos de bachillerato y el 30% de los estudiantes universitarios” (Otaola González, 2012, pág. 6), es decir, en los últimos años del franquismo “la mujer representaba el 51% de la población española” (Otaola González, 2012, pág. 6). Como consecuencia del cambio de mentalidad a lo largo de la década, se pueden observar nuevos aires de cambio que preparan a los avances del papel femenino al final de la dictadura y la figura de Natalia pone de relieve cómo sobre todo las chicas joven iban reclamando su derecho de igualdad con respecto al mundo masculino, así “desde mediados de los años 60, el tema de la emancipación femenina se convierte en un tema de polémica y debate” (Otaola González, 2012, pág. 8).

Efectivamente, desde los años 60 se va afirmando “un fuerte impulso al redescubrimiento del papel de las mujeres en la guerra civil y en la oposición antifranquista, favorecido por la mayor información, disponible

---

<sup>20</sup> La “licencia marital”, es decir, la autorización del marido para que su esposa pudiese trabajar, se mantuvo hasta el 1975.

gracias al desafío a la censura de una parte de la prensa, por la circulación semiclandestina de libros publicados en el exterior” (Di Febo, 2006, pág. 160). Un gran número de mujeres, pues, empiezan a salir del silencio a través la escrituras y publicaciones: la abogada de Barcelona Lidia Falcón en 1961-1962 publicó obras sobre los derechos civiles y laborales de la mujer y, más adelante, en 1969, salió su obra más importante intitulada *Mujer y sociedad*; en 1965 la revista Cuaderno para el Diálogo publicó un número extraordinario dedicado a la mujer; la editorial Edicions 62 encargó también a M. Aurelia Capmany un estudio sobre *La dona a Catalunya*. En esta época se tradujeron incluso, en catalán y en castellano, dos obras fundamentales para el recién feminismo: *La mística de la feminidad* de Betty Friedan y *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir.

Así, paralelamente, en las grandes ciudades surgieron asociaciones de mujeres que actuaban en clandestinidad, por ejemplo, en Barcelona la primera asamblea de mujeres que se reunían en diversas parroquias fue el Movimiento Democrático de Mujeres, impulsado por simpatizantes del partido comunista PSUC (Partit Socialista Unificat de Catalunya) que formalmente se fundó en 1964, pero empezó a actuar a lo largo de 1965-1966. En las asambleas se discutía tanto de problemas relativos a las mujeres (ejemplo: control de natalidad o la abolición de la licencia marital),

como también cuestiones políticas del momento (ejemplo: elevación de los precios o la reclamación de los derechos y libertades propias de un sistema democrático) y sobre todo sobre la organización del apoyo a los presos políticos y obreros en lucha, hasta la participación directa a huelgas o en otras manifestaciones. El MDM, entonces, surgió con una relación estrecha con el grupo de mujeres solidarias con los presos político y, además, empezó a trabajar con la Asociación de Amas de Casa, un organismo que dependía de la Sección Femenina de la Falange, para hablar de “las condiciones de vida de las amas de casa de los barrios populares, afectadas por la falta de equipamiento en los barrios” (Alonso Pérez, 2007, pág. 10). Pero, por la relaciones políticas de los partidos comunistas (PSUC y PCE) que lo habían impulsado, muchas mujeres fueron expulsadas y muchas fueron detenidas en 1968 por ser de oposición; así que el MDM desapareció de Barcelona, pero se mantuvo en Madrid condicionado siempre por el PCE. Por tanto, se nota como en la década de los 60, se abren algunas posibilidades de emancipación, es decir, se empieza a mostrarse al mundo, pero todavía con unas dificultades, ya que dentro de los grupos políticos “muchos camaradas no comprenden que la mujer pueda ser una militante activa y que pueda desempeñar un papel de vanguardia en la lucha” (Moreno Sardá, 1988, pág. 104) y se les miraba

con perjuicios; en segundo lugar, los partidos de izquierdas ni siquiera se preocupaban por la realidad que afectaba el mundo femenino y, por eso, no se preocuparon en formar organizaciones de mujeres, ni en discutir sobre los problemas les interesa. Se tendría que esperar el 1974 para que el movimiento feminista tomara su máximo protagonismo.

El 1974 es el año de vuelta de Natalia la cual, tras doce años de exilio voluntario, regresa a Barcelona cambiada:

“Me he pasado doce años intentando aprender de nuevo todas las cosas, incluidas la lástima, el amor, el placer; cuando me marché me consideraba una niña quise quitarme de encima todos los preceptos y principios que me habían enseñado.”  
(Roig, 1980, pág. 184)

Este toma de conciencia es lo que permite a la protagonista de recuperar la historia de las mujeres de la España de Franco ya que “la subversión y resistencia articula su voz y dirige su actuar” (Morán Cañas, 2007, pág. 24). Además, en Inglaterra aprendió la profesión de fotógrafa y, una mujer soltera con una carrera no era bien vista en el país, pues Natalia logra otra vez romper las reglas de su clase social:

“Ahora Natalia sabía que podía ser de verdad independiente, y escoger los objetivos y el entorno de su vida. Si no, se decía, ¿qué iba a hacer yo con mis treinta y seis años? O puta o casarme.” (Roig, 1980, pág. 19)

pero es más: su disciplina le permitió aprender a mirar convirtiéndose en un *espectadora*, consiguiendo observar y desentrañar todos los secretos y

opresiones que marcan la ciudad. Y de inmediato, aunque según Arcadi a lo largo del régimen “ninguno de nosotros se atreve a confesar nuestra impotencia. Son muchos años y nosotros nos hacemos viejos, no ha cambiado nada” (Roig, 1980, pág. 99), lo que observa Natalia a su vuelta es que:

“Dejó el país dentro de una gran calma, sólo hacía tres días que había vuelto y le parecía que la calma era la misma. Habían ocurrido muchas cosas dentro, y también fuera y, claro está, ella era otra. [...] Barcelona se había vuelto ruidosa [...] algo como si la ciudad chillase, «chilla para no oirse».”  
(Roig, 1980, pág. 100-101)

Con estas palabras se nota cómo, si bien desde los años 40 hasta los años 70 la dictadura conservó el poder con fuerza, también, es verdad que algo estaba empezando a cambiar, porque, bajo la narración de los hechos históricos, Roig incluye algunos elementos ya citados antes (véase 3.6 y 3.7) que subrayan cómo la ciudad se estuviera encontrando en un estado de ebullición. De hecho, la muerte de Salvador Puig Antich, que se debe considerarse la última ejecución bajo el régimen franquista, hizo posible que los personajes ficticios reaccionaran delante de un hecho histórico concreto añadiendo autenticidad a su novela testimonial como señala Barry-Waag en *The Early Novels of Montserrat Roig: Ramona adieu, El temps de les cireres, and L'hora violeta: An Approach to Contemporary Catalonia and Catalan Women Writers*:



“Drawing from reality, Roig writes historical facts into her world of fiction and uses her imagination to reinvent the universal. Those readers who have forgotten Puig Antich’s execution, as well as readers unaware of Spain’s political reality during the Franco dictatorship, will be reminded of the power structure under which Roig’s characters (Spaniards and, in particular, Catalans) were imagined to have lived. In addition, the novel’s use of psychological analysis (based on each character’s life experiences and memories) to construct and explain individuals, families, society and finally the nation, allows for a universal appreciation of Roig’s fictional world because her characters are identifiable beyond Barcelona’s *Eixample* neighborhood and beyond Catalonia and Spain.” (2005, págs. 97-98)

Y la referencia en todos los capítulos de *El temps de le Cireres* al martirio del joven fue el símbolo máximo de la imagen de firmeza que el el régimen, aunque estaba perdiendo su control sobre la sociedad, quería transmitir y una forma de venganza por la muerte de Carrero Blanco ocurrida el 20 de diciembre de 1973 por el grupo terrorista ETA. Pero no se tuvo en cuenta la consecuencias que la sentencia causó: se crearon comités de solidaridad en toda Europa para apoyar a los presos y intentar impedir la ejecución que se anunciaba y en territorio español se organizaron violentas manifestaciones de sabotajes a bancas, monumentos, trenes, atentando incluso a consulados españoles en Francia e Italia. Salvador Puig Antich con sus veintiséis años pasó a ser un héroe, una representación de lucha lograda en contra de la represión franquista, que estaba albergando ya desde muchos años, para conquistar la libertad tan anhelada. En el último

año de la dictadura 1974-1975, incrementaron las manifestaciones antifranquistas en varias ciudades europeas y, tras numerosos fusilamientos y torturas a militantes de ETA para intentar mantener el poder, se acentuó el rechazo internacional así que el régimen experimentó otra vez un aislamiento similar a la década del posguerra hasta la muerte del caudillo el 20 de noviembre de 1975.

Es precisamente en este clima de fracturas y de pasaje a la democracia en el periodo llamado *Transición Española*, cuando se llegó al verdadero auge del movimiento feminista a partir de las primeras *Jornadas de la Liberación de la Mujer*<sup>21</sup>, celebradas por la proclamación por las Naciones Unidas del Año Internacional de la Mujer. Un años después 4.000 mujeres participaron a las *Jornades Catalanes de la Dona*<sup>22</sup> que se realizaban en plena legalidad “representaban una de las etapas más significativas de la maduración política y del nivel de elaboración teórica del movimiento de las mujeres y [...] abordaban temas como la instrucción, la sexualidad y la política” (Di Febo, 2006, pág. 162), constituyendo incluso la Asociación Catalana de la Dona en agosto de 1976. Mientras tanto, millares de mujeres se habían manifestado en Madrid contra la discriminación en los códigos y en favor de la amnistía política y de los

---

21 6, 7 y 8 de diciembre de 1975 en Madrid.

22 27- 30 de mayo de 1976 en Barcelona.

“delitos” femeninos (aborto, adulterio, uso de anticonceptivos), con cortejos y recogida de firmas, puesto que la igualdad ante la ley es uno de las primeras exigencias de una sociedad democrática. Por lo tanto, primero con la abolición de la licencia marital y la patria potestad conjunta desaparece la figura del marido como cabeza de familia; en segundo lugar, a ellos se sumaron también los derechos político, para poderse reunir y crear asociaciones libremente, y laborales ya que, gracias al decreto 2310/1970 de 20 de agosto se reconocía “la igualdad jurídica de hombres y mujeres en el ejercicio de sus derechos laborales, así como el derecho de ambos géneros a recibir un mismo salario por un igual trabajo, sin que cupiera discriminación alguna” (Aparicio Izquierdo, 2014, pág. 53); Y, progresivamente, se añadiría el derecho a una sexualidad libre, al control de la natalidad y al aborto<sup>23</sup>, la ley de matrimonio civil<sup>24</sup> y la ley de divorcio<sup>25</sup>. Además, el que consiguió una mayor concentración fue el Movimiento de Liberación de la Mujer de Madrid (antes denominado Movimiento Democrático de Mujeres) que se definió “como un grupo formado sólo por mujeres, independiente de los partidos políticos y el

---

23 En la Ley Orgánica 9/1985, aprobada el 5 de julio de 1985, se despenalizó el aborto inducido en tres supuestos: riesgo grave para la salud física o psíquica e la mujer embarazada, violación y malformaciones físicas en el feto. Además, la gestante podía interrumpir el embarazo en centro públicos o privados.

24 Después de la aprobación del matrimonio civil durante la Segunda República (1931-1939), volvió a ser reconocido solamente en 1978 con la Constitución española.

25 La Ley de Divorcio, denominada Ley 30/1981, llegó solamente el 7 de julio de 1981.

Estado” (Moreno sardá, 1988, pág. 106) para que las mujeres se organizaran en organizaciones propias.

En conclusión la importancia de este grupo como también el Seminario Colectivo Feminista de Madrid y Barcelona y otros similares que salen después del franquismo, es su replanteamiento de la nueva identidad de la mujer, su sexualidad, y de una nueva cultura feminista. De este modo, muchas de las mujeres joven de la segunda generación, ingresaron cada vez más en los distintos grupos feministas cuestionando el significado de *igualdad* y *sexualidad*, buscando una propia identidad personal y colectiva confirmándose quizás los rasgos más característicos de este recambio generacional.

## Conclusión

A lo largo de este trabajo, se ha presentado un breve estudio de las condiciones sociales y políticas de las mujeres bajo la dictadura franquista (1940-1975) y, a través las dos Natalias de *La plaça del Diamant* y *El temps de les Cireres*, sus esfuerzos para lograr una propia identidad y emancipación.

La primera generación de mujeres de las que hace parte la Natalia de Mercè Rodoreda, nacieron entre la primera guerra mundial y la dictadura de Primo de Rivera en familias extendidas en las que las tareas domésticas ocupaban la mayor parte del tiempo. Pero, durante la II República, a medida en la que se incorporaron a la vida urbana, estas mujeres vivieron la desmembración de la vida extensa junto con una primera modernización de los bienes de la casa (electricidad, por ejemplo). Durante la República, las mujeres ya no veían en las ocupaciones domésticas sus únicos compromisos y podían buscar otros medios de subsistencia fuera del hogar: en industrias o en el sector terciario, aunque las expectativas de trabajo femenino dependían de los distintos niveles de instrucción y se tiene que subrayar que “en 1930 alrededor del 50% de mujeres eran analfabetas” (Moreno Sardá, 1988, pág. 88), disminuyendo entre el 1940-1970. De

todos modos, el sistema de valores patriarcal, que había estado hasta entonces bajo el control de la Iglesia, entró en crisis como consecuencia de un primer capitalismo. Así que las condiciones de vida se hacían cada vez más independientes del dinero y se iba a desarrollar un sistema de valores “que propone unas expectativas que aparecen asociadas a una jerarquía social, el confort doméstico y la capacidad de consumo” (Moreno Sardá, 1988, pág. 89). Desde el punto de vista jurídico, también en lo que concierne la esfera femenina, las mujeres de los ambientes urbanos fueron las más interesadas en lograr abolir las discriminaciones legales por género y, en efecto, con la Constitución de 1931 las españolas obtuvieron el derecho al voto para poder participar en la vida política como sujeto activo. Por lo tanto, más y más jóvenes gracias a la posibilidad laboral y a la visibilidad social, podían emanciparse de la autoridad paterna. Pero, las libertades alcanzadas durante el 1931 y el 1936, pronto vieron un duro retroceso debido a la victoria del Bando Nacional durante la Guerra Civil Española.

Con la llegada de Franco al poder en 1939, en cambio se propuso reforzar el “carácter mítico-religioso de la jerarquía patriarcal” (Moreno Sardá, 1988, pág. 90) es decir, en la sacralidad del orden patrimonial y de una sistema donde las instituciones políticas y el sistema productivo

estaban controlado estrictamente por el Estado. Esto, no sólo conllevó a la creación de un rígido autoritarismo, dentro y fuera de la familia, sobre todo de los hombres respecto a las mujeres ya que impidió la participación de las mujeres casadas en el mundo laboral, sino también les excluyó de todos los ámbitos sociales y políticos obtenidos hasta entonces. Se trata, pues, de una generación de mujeres que trascurrieron su adultez con unos hombres a los que la experiencia de la guerra y la identificación en el régimen dictatorial, les llevó a comportarse en manera viril y prepotente respecto a las mujeres y a los críos. Por lo tanto, la vida de las españolas estaba regida afuera por la Sección Femenina cuyo objetivo era lo de formar en todos los aspectos la 'mujer de la nueva España': desde niñas aprendían un código de conducta destinado a alejarlas de la sociedad y a servir a su marido; mientras que, dentro del hogar ellas dependían por todo de los varones los cuales exigían obediencia absoluta.

Este es el caso de la relación entre Natalia y Quimet, un marido prepotente que, despojando a su mujer de su nombre y rebautizándola a su antojo, crea su perfecta mujer sumisa, Colometa. Se nota como en los primeros años de su vida, Colometa se presenta como un cuerpo vacío que no solamente acepta todos los órdenes del marido sin quejarse, sino también a cumplir su obligación por parte del Estado: parir hijos para la

patria. Porque, ella no quiere ser madre y muchas veces lo destaca en el texto, pero tras la opresiones de régimen y las de su familiares (madre de Quimet y Quimet mismo) ella tiene que adecuarse a las normas vigentes. Hasta que, con la llegada de la Guerra Civil, Quimet muere en el frente luchando por los republicanos y con él también la cadena que la mantenía encerrada en su jaula. Hasta aquel momento ella debió solamente obedecer a órdenes externos, mientras que ahora empieza a hacerse cargo de su propia vida y la de sus hijos: experimenta hambre, ya que en el inmediato posguerra a causa de la autarquía las mujeres eran las únicas capaces de combinar los escasos recursos alimenticios y de coser ropas, algunas tenían que lograr el máximo provecho de los reducidos salarios aportados por los hombres, mientras otras -sobre todos las mujeres rojas- tenían que ganarse la vida con el poco que encontraban. Además, como se ha destacado, Natalia es una mujer de un republicano y sufre también las discriminaciones por el bando de su marido, porque era contra las mujeres rojas que se canalizaba toda la crueldad del estado, haciéndolas padecer encarcelamientos y torturas. Sin embargo, a pesar de las agonías vividas, la protagonista no se rinde dándose cuenta que hay mucho por vivir: sí misma, sus hijos y su nuevo marido Antoni, quién les salvó de su destino de muerte y miseria. Así que con determinación, una mañana se levanta y



decide cortar con el único lazo que la ata a su vida antigua. Por lo tanto, regresar a su casa vieja y graba su nombre en la puerta como si fuera un exorcismo, ahora a la que mata es a Colometa, su antigua personalidad revelando la voluntad de la destrucción de sí misma deformada y limitada por el cuerpo en el cual Quimet había querido crearla. Tras haber tallado su nombre en la puerta, Natalia se va de la plaza del Diamante cuyas casas parecen encerrarla formando un embudo estrecho (alusión al embudo mediante el cual pensaba matar Natalia a sus hijos para evitar su muerte por inanición pero también simboliza la prisión) y el terror provoca en Natalia un grito de infierno. Un grito, queja de dolor retenida por largos años tanto de Natalia como también de todas las mujeres y de los humildes que han vivido bajo las opresiones de un régimen que hacía de todo para marginarles y moldearles. *La plaça del Diamant*, al final, pone en escena una mujer inocente, bondadosa pero, al mismo tiempo, cuando las circunstancias lo requieren, duro e inflexible que a pesar de todo el sufrimiento de la guerra saca fuerzas para seguir luchando; por fin, una mujer que por su voluntad, con las riendas de su vida en sus manos, se libera de todos los vínculos, convirtiéndose en una mujer nueva:

“Respiré como si el mundo fuese mío.”  
(Rodoreda, 2008, pág. 192)

La novela de *La plaça del Diamant* acaba aquí pero la historia de Natalia y de otras miles *Natalias* víctimas de la dictadura sigue abierta. De hecho, en perseguir la lucha hacia una visibilidad femenina, Natalia de Rodoreda pasa el mando a la otra Natalia, la de Roig, conduciéndonos hacia la segunda etapa franquista (años 60 y 70) cuando, por las influencias externas gracias a la abertura a los mercados internacionales, empieza a despertar en los jóvenes –sobre todo mujeres– una propia manera de pensar y de reaccionar ante el cansancio de las restricciones dictatoriales.

En 1952 las últimas cartillas de racionamiento habían desaparecido y el año siguiente España podía dejarse atrás poco a poco las penurias de la guerra gracias al pacto económico con los Estados Unidos. El país estaba intentando salir de años de aislamiento y se estaba aún más orientando hacia formar una sociedad de consumo, donde las nuevas familias burguesas eran capaz de acceder a pequeños bienes materiales (lavadora, nevera, etc.). En efecto, fue radical la emigración desde las zonas rurales a las ciudades y también dentro y fuera de España; paralelamente, se creó un “proletariado urbano cada vez más cualificado y el incremento de las clases medias urbanas” (Moreno Sardá, 1988, pág. 96) que encontró en el turismo su base de desarrollo comercial. A partir de los años 60, esta profunda transformación de la sociedad afectó mucho la familia tradicional, aquella

familia patriarcal que la dictadura no cesaba de fomentar, así que se nota como las madres y las hijas se encontraron con unas condiciones distintas en este proceso de transformación social. De hecho, en la familia franquista de aquellos años todavía las mujeres tuvieron que enfrentarse a la rígida jerarquía patriarcal y a nivel educativo, todavía en el ambiente escolar las chicas encontraron un ambiente discriminatorio siguiendo la obligación en dedicarse a tareas del hogar (costura, corte, cocina...); además, se inculcaban ideas sobre la visión de la mujer como tentación al pecado y, buscando crear una mentalidad puritana, se les alejaba de todas las referencias al aspecto corporal. De modo que se seguía orientando los chicos “a la fuerza y prepotencia, y a ellas hacia la pasividad y la sumisión” (Moreno Sardá, 1988, pág. 98).

Pero, las mujeres de la nueva generación que vivieron su adolescencia en una España que se estaba abriendo hacia el exterior y estaba influenciada por costumbres nuevas gracias al turismo, acceden a la edad adulta en un mundo en el que, “la cada vez mayor presencia del dinero, como medio imprescindible para la obtención de bienes y servicios” (Moreno Sardá, 1988, pág. 98), les condujo a no desear la forma de vida tan poco satisfactoria de sus madres. Esta nueva conciencia, por supuesto chocó fuertemente con la mentalidad general en cada familia de

que el único destino posible de la mujer era el matrimonio y el trabajo asalariado en segundo lugar. No obstante, fueron los jóvenes los verdaderos artífices de los avances sociales y políticos, debido a que la última generación estaba harta de “mitos, de generalizaciones abstractas y de falsos trascendentalismos” (Gaité, 1996, pág. 216) ellos reivindicaban su presente y luchaban para desvincularlo de la herencia del pasado; de modo que las mujeres más jóvenes empezaron a entrever nuevas posibilidades a parte del hogar. Y es precisamente a través de Natalia que Montserrat Roig quiere mostrar la realidad de Franco y romper el silencio de las mujeres para que suban la voz en un lugar y en un tiempo donde nunca se les estaba permitido. Natalia levanta su discurso frente a un acallamiento femenino (Silvia), sustentado en las relaciones de poder y lucha que durante más de treinta años se establecieron en el régimen: republicanos y falangistas, hombre y mujeres. Mujeres que, si bien por el Consejo de la Sanidad Pública se recomendaba prudencia en el estudio ya que:

“Preferimos aquella [mujer] callada y silenciosa, que nos considera maestros de su vida y acepta el consejo y la lección con la humildad de quien se sabe inferior en talento.” (Gaité, 1996, pág. 68)

luchaban juntas en las huelgas estudiantiles y, soportando las discriminaciones sexuales y presiones familiares, cada vez más estaban presente en los cursos universitarios hasta llegar en 1971-1972 al 36% del

alumnado<sup>26</sup> rompiendo, pues, el silencio al que habían sido relegadas sus madres. Pero, frente a esta concepción, las mujeres incluso tenían que apropiarse de sus cuerpos debido a que, a lo largo de toda la dictadura, la mujer ha sido siempre considerada como un involucro vacío con el único objetivo lo de dar nuevos soldados a la patria. Por esa razón, Natalia frente a las normas que le habrían obligado a no abortar, ella rompe las reglas y decide responsablemente poner fin al embarazo porque no habría sido preparada para tenerlo:

“Perdona, dijo Silvia, no te quería ofender, ¿Por qué abortaste? ¿A ti que te parece?, ¿Crees que estaba en condiciones de tener un hijo?”  
(Roig, 1988, pág. 184)

A los ojos de la sociedad Natalia parece una mujer extraña, diferente en el sentido de que ella se hace dueña de sus actos, de su maternidad, de su sexualidad y de su cuerpo; ella “*se hace* mujer, no es hecha” (Morán Cañas, 2007, pág. 26). Y con su rebeldía y resistencia, refleja las tantas mujeres que, desde el principio de los años sesenta, empezaron a cuestionar sobre el autoritarismo patriarcal y sobre la justicia de una visibilidad femenina; de hecho, la huida y el regreso en 1974 de Natalia a Barcelona no significan sólo un apoderarse de su cuerpo, sino marcan el fuerte desarrollo de todos los grupos de mujeres que *quieren* reflexionar sobre su posición en el

---

26 En 1925 las mujeres representaban sólo el 5% del alumnado, pasando en 1966-1967 a un 30%”  
(Moreno Sardá, 1988, pág. 100)

mundo. Y el año 1975, a la muerte del dictador, las Naciones Unidas lo habían declarado como Año Internacional de la Mujer, dedicándolo al estudio de la situación de las mujeres en el mundo. Ello movilizó enormes energías entre las feministas y las mujeres que habían comenzado a organizarse. Las vías más importantes de difusión de estas preocupaciones fueron los medios de comunicación, tanto en la prensa escrita como en la televisión, que transmitieron comparaciones de todo tipo con la situación de las mujeres en el resto de los países, especialmente los europeos, poniendo en evidencia la arcaica situación legal de las españolas, la ausencia de libertades y derechos, así como su relegada situación social. Para las mujeres fue el punto de partida en su capacidad de romper con una invisibilidad milenaria y por fin, quizás, el momento “en que no tendríamos que pedir perdón” (Roig, 1980, pág. 98) haya llegado y con él también nuestro *tiempo de cerezas*.

## Bibliografía

Alonso González, Fidel, *Aproximación a la nueva narrativa catalana*, revista de Lenguas y Literaturas catalana, gallega y vasca vol. 10, Madrid, 2004, págs. 73-98

Alonso Pérez, Matilde, «El papel de la mujer en la sociedad española» en la revista *Economia, treball i territori* N° 19, Facultad de Economía, Valencia, 2007

Alsina Oliva, Rosa, *La estrategia de desarrollo planificada en España 1964-1975*, Tesis doctoral para el grado de doctor en Ciencias Económicas por la Universidad de Barcelona, 1987

Aparicio Izquierdo, Raúl, *Mujer y trabajo durante el franquismo*, Tesis fin de grado en Relaciones Laborales y Recursos Humanos, Escuela de ciencias empresariales y del trabajo de Soria, 2014

Arnau, Carme, «La universalidad de Mercè Rodoreda, la escritura como alquimia», en *Mercè Rodoreda, una poètica de la memòria*, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 2002, págs. 94-113

Barry-Waag, Kathleen Nelly, *The Early Novels of Montserrat Roig: Ramona adieu, El temps de les cireres, and L'hora violeta: An Approach to Contemporary Catalonia and Catalan Women Writers*, Tesis de grado en Hispanic Languages and Literatures por la University of California, Berkeley, 2005

Bou Maqueda, Enric, «Mercè Rodoreda: narratrice della città» en Vega, Eulàlia, *Pensando alla catalogna. Cultura, storia e società*, Edizioni dell'Orso, Alessandria, 2008, págs. 57-72

Brenes García, Ana María, *Montserrat Roig in the context of postmodernity: nationalism, body, memory and feminism*, Tesis de doctorado en Filosofía por Arizona State University, 1995

Broch, Àlex, *Panorama de la Literatura Catalana*, Departament de Cultura, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 1997, págs. 37-38.

Buendía-Gómez, Josefa, *De mujeres, palomas y guerra: gritos y silencio en La Plaza del Diamante de Mercè Rodoreda*, Tesis de doctorado en Lengua Española y Literatura Española e Hispano-americana por la Universidad de San Paolo, 2006

Calero Delgado, María Luisa, *La imagen de la mujer en el primer franquismo a través del del Diario Odiel*, Erebea revista de humanidades y ciencias sociales nº2, Universidad de Sevilla, 2012, págs. 343-369

Campillo, Maria, «El tiempo histórico de Mercè Rodoreda», en *Mercè Rodoreda, una poética de la memoria*, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 2002, págs. 18-37

Carrillo-Linares, Alberto, «Movimiento estudiantil antifranquista, cultura política y transición política a la democracia» en *Pasado y Memoria. España en los años 60*, revista de Historia Contemporánea N° 5, Alicante, 2006, págs. 149-170

Carrillo-Linares, Alberto, «Efectos no previstos de la represión franquista en la universidad», *Memoria y vigencia de un compromiso: universitarios contra la dictadura*, Universidad de Valencia, 2013, págs. 31-36

Casals i Couturier, Montserrat, *Mercè Rodoreda contro la vida, la literatura*, Edicions 62, Barcelona, 1991

Roig, Montserrat, «El aliento poético de Mercè Rodoreda», *Triunfo* nº 573, Barcelona, 1973, págs. 35-39

Del Arco Blanco, Miguel Ángel, «Morir de hambre. Autarquía, escasez y enfermedad en la España del primer franquismo» en *Pasado y Memoria. España en los años 60*, revista de Historia Contemporánea N° 5, Alicante, 2006, págs. 241-258

Di Febo, Giuliana, «Resistencias femeninas al franquismo. Para un estado de la cuestión» en *Cuadernos de Historia Contemporánea* vol. 28, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2006, págs. 153-168

Dupláa, Christina, *La voz testimonial en Montserrat Roig*, Icaria editorial, Barcelona, 1996

Espinosa de los Monteros, Carlos, Boceta Álvarez, Vicente, «Un análisis de



la política industrial española», revista *ICE 75 años de política económica española*, n° 826, Madrid, 2005, págs. 223-243

Gómez Oliver, Miguel, «El Movimiento Estudiantil español durante el Franquismo (1965-1975)», *Revista Crítica de Ciências Sociais*, N° 81, Coimbra, 2008, págs. 93-110

Julià, Lluïsa, «La mirada literària de Montserrat Roig», *Digues que m'estimes encara que sigui mentida*, *Lectora* n° 18, Barcelona, 2012, págs. 213-225

Laorden, Ángeles, Giménez, Pilar, «La mujer en la universidad española», *Papers*, Revista de Sociología N°9, Barcelona, 1978, págs. 73-88

La Pila, Ofelia, «Un paradigma della recente storia spagnola: “Nada” di Carmen Laforet», revista *Officina della Storia*, Viterbo, 2008

López Jara, Santiago, «El movimiento estudiantil español bajo el franquismo (1939-1978)», *Ritsumeikan University study of languages and cultures*, Ritsumeikan University, 2014, págs. 109-117

Martín Gaité, Carmen, *Usos amorosos de la postguerra española*, editorial Anagrama, Barcelona, 1996

Martínez Rus, Ana, «Quemando libros, salvando almas: discursos sobre la no lectura.», *Cuadernos de Historia Contemporánea* vol. 38, Madrid, 2016, Págs.185-195.

Mendoza Gómez, Antonio, *El fracaso de la autarquía: la política económica española y la posguerra mundial (1945-1959)*, departamento de Historia Contemporánea, vol. 10, Universidad de Madrid, 1997, págs. 297-313

Ministerio de Justicia, *Causa general. La dominación roja en España. Avance de la información instruída por el ministerio público en 1943*, Editorial Akron, León, 2010

Mir Curcó, Conxita, «Violencia política, coacción y oposición interior», en Sánchez Recio, Glicerio, *El primer franquismo (1936-1959)*, Asociación

de Historia Contemporánea, Editorial Marcial Pons, Madrid, 1999, págs. 114-145

Morán Cañas, Macarena, *Cuerpos mudos y mujeres que resisten en Tiempo de Cerezas de Montserrat Roig: Apropiación de la palabra*, Tesis de grado en Lengua y Literatura Hispánica por la Universidad de Chile, 2007

Morales Villena, Amalia, *Género, mujeres, trabajo social y Sección Femenina. Historia de una profesión feminizada y con vocación feminista*, Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, Tesis de doctorado por la Universidad de Granada, 2010

Moreno Sardá, Amparo, «La replica de las mujeres al franquismo», en *El feminismo en España: dos siglos de historia*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1988, págs. 85-110

Morcillo, Aurora, «Por la senda del franquismo», en la revista *Historia 16*, editorial Historia viva N°145, Barcelona, 1988, págs. 86-90

Nielfa Cristóbal, Gloria, *Mujeres y hombres en la España franquista: sociedad, economía, política y cultura*, Editorial Complutense, Madrid, 2003

Ortiz Heras, Manuel, *Mujer y dictadura franquista*, Revista de ciencias sociales n°28, Universidad de Castilla-La Mancha, Ciudad Real, 2006

Otaola González, Paloma, *Emancipación femenina y música pop en los años 60. De “La chica ye-yé” a “El moreno de mi copla”*, Sineris revista de musicología N°5, Madrid, 2012

Pla, Xavier, «Mercè Rodoreda o una poética de la conciencia literaria», en *Mercè Rodoreda, una poética de la memoria*, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 2002, págs. 70-91

Porta, Roser, «Novela y periodismo marcados por humor», en *Mercè Rodoreda, una poética de la memoria*, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 2002, págs. 38-43

Rexach Torres, Aina, *Montserrat Roig. La memòria viva*, Sembra Llibres, Barcelona, 2016

Roca i Girona, Jordi, *Los (no) lugares de las mujeres durante el franquismo el trabajo femenino en el ámbito público y privado*, revista Gerónimo de Uztariz, n°21, 2005, págs. 81-99

Rodoreda, Mercè, *La plaza del Diamante*, Editorial Edhasa, Barcelona, 2008

Rodrigo, Javier, «La Guerra Civil: “Memoria”, “Olvido”, “Recuperación” e “Instrumentación”», *Hispania Nova*, revista de Historia Contemporánea N° 6, Zaragoza, 2006

Roig, Montserrat, *Tiempo de Cerezas*, Editorial Argos Vergara, Barcelona, 1980

Roig, Montserrat, *Digues que m'estimes encara que sigui mentida*, Edicions 62, Barcelona, 1991

Sánchez Recio, Glicerio, *El primer franquismo (1936-1959)*, Asociación de Historia Contemporánea, Editorial Marcial Pons, Madrid, 1999

Tusquets, Esther, *Habíamos ganado la guerra*, Editorial Bruguera, Barcelona, 2007

Vega, Eulàlia, «Nascita di una scrittrice. Mercè Rodoreda e l'impegno civile nella Catalogna della Seconda Repubblica» en Vega, Eulàlia, *Pensando alla catalogna. Cultura, storia e società*, Edizioni dell'Orso, Alessandria, 2008, págs. 47-56

Vega, Eulàlia, *Pioneras y revolucionarias. Mujeres libertarias durante la República, la Guerra Civil y el Franquismo*, Icaria editorial, Barcelona, 2010

Vidal Beneyto, José, *Una década prodigiosa: los años 60 entre reformas y rupturas*, discurso investidura como Doctor “Honoris Causa” por la Universidad de Valencia, 2006

## Sitografía

La literatura durante la Guerra Civil Española y el Franquismo consultado el 02/07/2017

<http://losojosdehipatia.com.es/cultura/libros/la-literatura-durante-la-guerra-civil-espanola-y-el-franquismo/>

Literatura española de posguerra consultado el 02/07/2017

[https://www.murciaeduca.es/iesmarianobaquerogoyanes/sitio/upload/LIT\\_POSGUERRA.pdf](https://www.murciaeduca.es/iesmarianobaquerogoyanes/sitio/upload/LIT_POSGUERRA.pdf)

El "caso Añoveros", 40 años después, consultado el 04/07/2017

<http://www.periodistadigital.com/religion/espana/2014/02/23/el-caso-anoveros-40-anos-despues-religion-iglesia-franco-tarancon.shtml>

Castro, Luis, *La represión sobre la mujer en el franquismo, una violencia duplicada*, 2016, consultado el 07/07/2017

[http://www.academia.edu/9596752/La\\_represión\\_sobre\\_la\\_mujer\\_en\\_el\\_franquismo.\\_Una\\_violencia\\_duplicada](http://www.academia.edu/9596752/La_represión_sobre_la_mujer_en_el_franquismo._Una_violencia_duplicada)

Chung-Ying, Yang, *En Busca de la Identidad Femenina: La Voz Narrativa de Natalia en La plaza del Diamante*, Universidad Nacional de Chengchi, consultado el 04/08/2017

[http://www3.nccu.edu.tw/~cyyang/data/La\\_voz\\_narrativa\\_de\\_Natalia- C.Y. Yang.pdf](http://www3.nccu.edu.tw/~cyyang/data/La_voz_narrativa_de_Natalia- C.Y. Yang.pdf)

C. Fages, Guiomar, *Soledad y maternidad en La Plaza del Diamante, Espéculo*. Revista de estudios literarios, Universidad Complutense de Madrid, 2008, consultado el 10/08/2017

<https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero39/diamante.html>

Periódico Diagonal, Presas en lucha: 65 aniversario de la Huelga del hambre de 1949, consultado el 16/08/2017

<https://www.diagonalperiodico.net/agenda/evento/21775-presas-lucha-65-aniversario-la-huelga-hambre-1949.html>

Soto Marco, Adela, *La mujer bajo el franquismo*, consultado el 20/08/2017

<http://mayores.uji.es/proyectos/proyectos/lamujerbajofranquismo.pdf>

Falcón, Lidia, *El pacto de silencio de los vencidos*, Público periódico, 2015, consultado el 14/09/2017  
<http://blogs.publico.es/lidia-falcon/2015/02/28/el-pacto-de-silencio-de-los-vencidos/>

El Rincón del Vago, *Aborto en España*, 2017, consultado el 21/09/2017  
<http://html.rincondelvago.com/aborto-en-espana.html>

## **Agradecimientos**

*Ai miei genitori e a mio fratello*

che sono e saranno sempre il mio punto di riferimento,  
che incoraggiano i miei passi, mi supportano e sopportano.

Che hanno sempre creduto in me,  
anche nei momenti in cui nemmeno io credevo in me stessa.

Che proteggono sempre il mio cammino  
condividendo con me ogni piccolo traguardo.

Per tutti i sacrifici che hanno fatto per permettermi di arrivare  
fino a questo giorno importante.

Grazie.